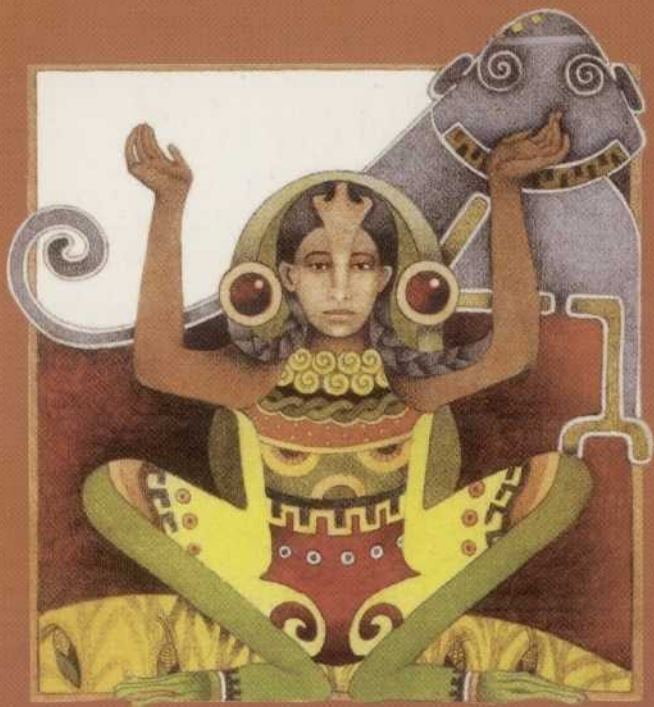


Ilustraciones de Vicky Ramos

Lara Kios Mo



GRUPO
EDITORIAL
norma

La muchacha sonrió feliz.

-Déjeme tocarlas, abuelo.

-Bueno... pero después me las darás para guardarlas en esta chacarita.

58

Mo las cogió con cuidado y las miró largamente. Un estremecimiento le recorrió la espalda y de un momento a otro las piedras se pusieron tan calientes que comenzaron a quemarle la palma de la mano.

-Cójalas usted, abuelo, yo siento que están muy calientes.

-Es cierto, Mo, dijo el indio con mirada pensativa; están bastante calientes. Parece que alguien quiere decirte algo. Pero ¿quién? En estos días hablaré con los espíritus, a ver qué es lo que saben. Lo malo es que dentro de cuatro días empiezo a preparar a José y eso me tendrá ocupado.

Ignacio recogió las piedras de Mo y las guardó.

-Vamos, dijo. Hay que ayudarle a tu mamá.

Comenzaron a caminar con paso lento. El indio sabía de antemano que las yucas las venderían las mujeres. Siempre fue igual, desde la época de sus antepasados. Si sobra tiempo, se le ayuda a la mujer, pero nunca sobra. Porque el tiempo se le arranca a jirones al día ya que el hombre tiene que cazar, o tallar jícaras o sembrar la milpa, también hacer hamacas y... pensar. Sobre todo en el invierno, cuando

caen los grandes aguaceros y la humedad se le mete a la gente dentro del cuerpo, entonces se piensa mucho..., en las correntadas de los ríos y cuando el rancho llora por dentro y se mojan las hamacas y la ropa, eso es triste... y también se piensa en la milpa y en el maíz que se va a podrir.

59

-Abuelo, ¿qué es lo primero que tiene que hacer José para hacerse sukia?, preguntó de pronto Mo.

-Bueno..., José y toda su familia deben ayunar durante dos días. Ya se les mandó a avisar a sus familiares.

-¿Y en qué consiste el ayuno de José?

-Puede comer antes del amanecer y no vuelve a probar alimento sino hasta que se pone el sol. Durante el día puede tomar café. No debe saber amargo. Durante la noche se le sirve un pedazo de algún ave o pescado. La carne de los animales que andan en la tierra está prohibida. Eso sí, lo que se coma, ha de ser cocinado sin sal.

-¿Puede salir del cuartito durante el día?

-Si tiene que salir por algo muy importante, debe taparse bien para que no le entre ni un rayo de sol. Son dos días de iniciación donde entra al cuartito antes de salir el sol y sale después de que se oculta. Los demás días de clase ya no importa la hora, sino las ganas de aprender.

-¿A usted, a qué hora llega los días de iniciación.

Mo



Lara Ríos

Mo

Ilustraciones de Vicky Ramos

GRUPO
EDITORIAL
norma

<http://www.norma.com>

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas, San Salvador,
Guatemala, Lima, México D. F., Miami, Ciudad de
Panamá, Quito, San José, San Juan, Santiago de Chile,
Santo Domingo.

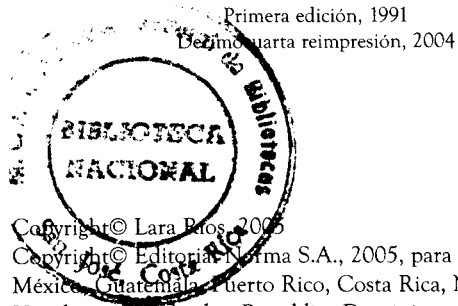
863.6 Lara Ríos (seudónimo)
L318m Mo/Lara Ríos. -2 ed. - San José, C.R. : Ediciones
Farben, 2005.
154 p. ; 18 x 11 cm. (Colección Torre de Papel)

ISBN:9968-15-324-9

1. Novela costarricense. I. Título

*A mi madre con cariño;
a Ceferino Namuncurá con devoción.*

Lara Ríos



*Quiero dedicar las ilustraciones
a mi madre, a mi hija, y también a mi amigo
Álvaro porque cada uno puso un color diferente.*

Vicky Ramos

Zona Franca Metropolitana, local 7B. Barreal de Heredia.
Teléfono: 293 13 33 Fax: 239 47 47

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin permiso escrito de la Editorial.

Dirección editorial: Mabel Morvillo
Coordinación editorial: María Auxiliadora Protti
Producción y armada electrónica: Marta Lucía Gómez

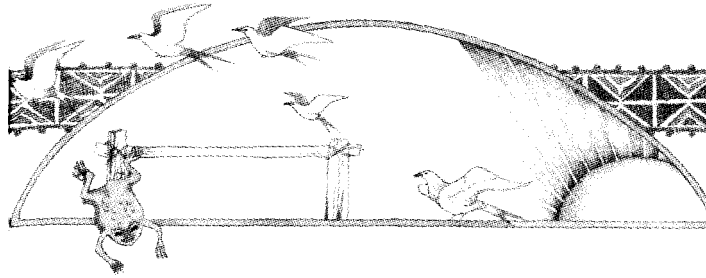
Hecho el depósito legal

CC 12055
ISBN: 9968-15-324-9

Agradecimiento

*Quiero dar mis más expresivas gracias
a la doctora María E. Bozzoli de Wille
por su invaluable ayuda,
a Luis A. Tenorio
de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas
y a la Sra. Alice Matamoras, compañera de viaje a las reservas
cabécares de Ujarrás y Salitre.*

Lara Ríos



I

penas despuntó el alba, Mo escuchó que clavaban algo en el rancho y se levantó para ver de dónde provenía el ruido. La mañana estaba fresca y de pronto descubrió detrás de los árboles, el cielo celeste que se había llenado de franjas rosadas y lilas. Era un signo mágico, digno de tomarse en cuenta, y no pasó desapercibido para Mo.

"Algo raro va a suceder", pensó.

Una bandada de palomas alzó vuelo y se perdió en la montaña. Las gallinas comenzaron a corretear de un lado a otro y los espacios dormidos cobraron vida.

Mo respiró hondo, irguió su cuerpo bien formado y miró a su alrededor hasta encontrar la figura del abuelo. Este había puesto un clavo sobre la puerta de entrada y de él colgaba un sapo muerto. Mo observó con curiosidad al pobre animal que, amarrado de una pata, dirigía los ojos al suelo, pero sin ver nada del mundo que lo rodeaba. El indio viejo se sacudió las manos, como si hubiera terminado una pesada tarea y se dirigió a su nieta.

-Ahora no podrán entrar a este rancho ni los malos espíritus ni las enfermedades.

Mo sintió frío y se frotó los brazos.

-Abuelo, ¿por qué colgó ese animal ahí?

El indio permaneció un rato en silencio recordando... Muchos años atrás, un hombre moribundo le había suplicado... pero tenía que ser un sapo especial, con manchas claras.

-Es una promesa que le hice a tu papá antes de que se pusiera mal y se lo llevara la fiebre. Quería que colgara un sapo muerto sobre la puerta de tu rancho, el día que cumplieras los catorce años.

-¿Por qué?

-Son tradiciones que heredamos de los mayores y que sirven para protegernos. Seguro él pensó en algún peligro, o tal vez que iba a entrar alguna cosa mala. Cuando yo era un niño, mi mamá colgó, no un animal muerto, sino una cruz de madera en la puerta de nuestro rancho.

-¿Qué edad tenía yo cuando murió papá?

-Tenías cinco años.

Los dos se habían sentado en el suelo, bajo la sombra de un espavel y sobre un montón de hojas secas que formaban un rompecabezas en tonos ocres y verdes.

-Yo me acuerdo muy bien de él, dijo Mo pensativa, mientras apoyaba su espalda en un tronco caído y con su mano tocaba el collar de dientes de mono y conchitas, que rodeaba su cuello. Papá era alto y fuerte, más moreno que nosotros dos y, cada vez que podía, me regalaba un pajarito.

-Llegaste a tener quince, unos eran amarillos, otros rojos, azules, verdes...

-Y en las mañanas me despertaban con sus cantos, hasta que un día no sé por qué abrió él mismo las jaulas, que había construido con sus propias manos y los echó a volar a todos. Recuerdo que lloré mucho.

-Pero hay que pensar en lo bueno que te dejó, como esta parcela de tierra y el rancho. Siempre decía "indio sin tierra es indio muerto", y tenía mucha razón. No estás sola. Mina*, tu mamá, te cuida con cariño, además es fuerte y trabajadora. ¿Y qué decir de tu clan?, el Kibérgiró wák**, del que han salido muchos sukias.***

* Mina: madre.

Kibéjir wák: dueño de las libélulas.

Sukia o jawá: médico hechicero.



-¿Es cierto que el nombre del clan quiere decir que somos los dueños de las libélulas?

-Bueno... eso significa, pero todos los animales pertenecen a Sibö.

-¡Ay, abuelo, háblame de Sibö! Mina dice que usted sabe muchas cosas sobre él.

El indio se queda un rato sin contestar.

-¿Y qué te voy a contar de nuevo? Sibö es Dios. La historia nos cuenta que él sembró granos de maíz en el monte sagrado que se llama Sulayom. Las semillas germinaron y crecieron hermosas plantas. De ellas salieron mazorcas y Sibö las guardó dentro de un canasto. Después las desgranó y a cada semilla le puso el nombre de un clan. Hay uno que se llama "Los dueños de la casa del sol"; otro, "Gente del perico ligero" o "Gente del arroyo del palo de jícara", y así podría nombrarte más.

-Entonces, ¿es cierto que nosotros nacimos de semillas de maíz?

-Así dice la historia, del mismo maíz que sembró Sibö.

Mo miró a su abuelo. Todavía era un hombre fuerte y en su cara, casi no se notaban las arrugas. Ella se sentía muy orgullosa de ser su nieta, pues él era un sukia muy respetado en su clan cabécar*. Era médico, hechicero, consejero de los que venían a pedirle ayuda; podía alejar los malos espíritus y además, convertir

* Cabécar: tribu indígena costarricense.

su bastón de mando, que era de madera, en una culebra venenosa.

Ignacio es el nombre de este sukia, que vive en su rancho propio, un poco alejado del de Mo, y tiene dos mujeres que lo cuidan. Viene con alguna frecuencia a visitar a su hija y a su nieta, pero tiene una fecha fija en que se presenta con seguridad: cuando florece el dwás klö*, en el segundo mes del año. Este arbusto revienta en ramos de flores blancas y pequeñas con aroma de miel. Entonces aparece el abuelo, con su andar lento y su cara sin sonrisa, más bien con aire de preocupación. Después de saludar, hace lo mismo que los años anteriores: se dirige al espavel y le hace un corte en su tronco, con un cuchillo filoso. Eso quiere decir que Mo está cumpliendo años. Pero en esta ocasión, llegó un día antes, para colgar el sapo muerto que le había costado tanto encontrar, apenas despuntara el sol.

-Mo, le dijo el indio mientras se levantaba del suelo, vamos a hacer juntos el corte en el espavel. Hoy haremos el número catorce.

-Tiene algo de malo cumplir esos años?

-¡Claro que no! ¡Al contrario! Eso quiere decir que has crecido mucho y te tocan más responsabilidades.

-¡Qué pereza! Eso no me gusta...

-¿Y qué es lo que te gusta?

- Dwás klö: arbusto que florece cada año.

Mo titubeó un momento antes de preguntar:
 -Abuelo... ¿las mujeres podemos ser sukias?
 -Tal vez, pero yo todavía no conozco a ninguna.

-Es que yo quiero ser sukia para poder hacer todo lo que usted hace.

El abuelo miró a la nieta y levantó las cejas; carraspeó y finalmente dijo:

-Bueno... dejemos eso para otro día. Ahora vamos a hacer el corte en el espavel.

Se dirigieron al árbol, que mostraba en su tronco otras trece hendiduras. Mo les pasó la mano con suavidad y cariño: era una manera inconsciente de despedirse de su niñez. Ignacio levantó un filoso cuchillo y lo hundió en la corteza gris y áspera. Después comentó:

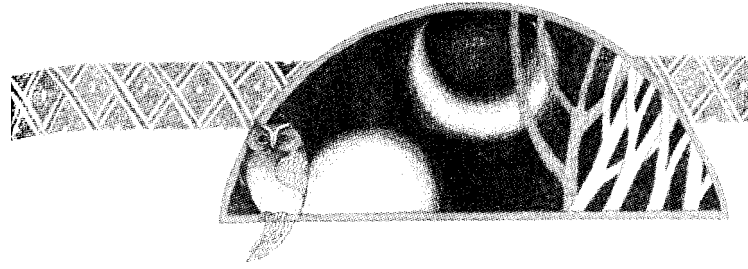
-¡Qué raro! Es la primera vez que brota savia...

-¿Y eso qué quiere decir?

-Que hay un misterio que se va a revelar pronto, dijo el indio con una seriedad acentuada.

Miró a la muchacha, y descubrió en sus ojos de un negro profundo, una luz rara y nueva que lo inquietó.

En ese momento sintieron un fuerte y delicioso aroma a café recién chorreado y Mina sonriente, los llamó para que desayunaran.



II

Se ha corrido la voz entre los vecinos de que Ignacio se hospedaré por varios días donde Mina y Mo. Las personas interesadas en que les resuelva algún problema, acuden a él y a veces lo encuentran sentado sobre una piedra, con la mirada prendida de los árboles, como si les estuviera midiendo el crecimiento. Como si el tronco relleno de años, le estuviera contando una a una, las antiguas historias de indios guerreros y de cacerías de dantas y tigres. El primer saludo lo devuelve al presente:

-¡Buenos días, don Ignacio!, saluda una mujer. Vengo a verlo porque tengo una tos que no se me quita.

-Vea, lo mejor para eso es una bebida caliente hecha con flores de veranera*, flor de sauco y jengibre; se la toma y me cuenta mañana cómo amaneció.

-¡Ay, don Ignacio, se queja otra, tengo el chiquito con un gran dolor de estómago! ¿Qué le puedo dar?

-Ahora que es el tiempo de los aguacates, parta uno, le saca la semilla, la hierva un rato con un poco de agua; deja que se enfríe y se lo da a beber.

Otras veces lo vienen a buscar para asuntos más privados, entonces se meten al rancho, para que nadie escuche la conversación.

-Mina, ¿por qué el abuelo no me deja mirar cuando va a hacer alguna curación dentro de la casa?

-Porque a las mujeres no nos dejan oír ni mirar esas cosas. Está prohibido. Nosotras tenemos que ver que la comida esté lista, deshierbar la siembra de maíz o de yuca, tejer los bolsos y lavar la ropa en el río.

Mo da un suspiro largo y hondo, como si quisiera aprisionar en su corazón los misterios y tradiciones de su pueblo, que siempre la han inquietado. Ella no siente miedo cuando oye hablar de la magia, de la hechicería, de los humos de colores, de los pájaros con ojos que echan chispas, de los gritos que se pierden en la oscuridad y regresan en forma de

murciélagos; ni de la gente de mirada extraña que baila alrededor de una hoguera.

También pasan por su mente los sapos, los búhos, las serpientes, y lagartijas, que su abuelo atrapa para hacer brebajes y tocar con ellos a los enfermos.

-Las hierbas son cosas de Sibö; él las puso en la tierra para curar, le había dicho una vez el sukia.

-Yo quiero saber para qué sirve cada una, se había interesado Mo.

Y poco a poco, Ignacio le fue enseñando el uso que tenían.

-Por ejemplo, ésta se mastica y se tiene un rato en la boca, cuando lo pica a uno una culebra.

-¿Y si es una culebra venenosa?

-Se mastica mientras lo llevan a uno al hospital.

-¡Pero abuelo, mucha gente se muere de camino!

-Es que nuestra gente vive muy adentro, en la montaña, y cuesta mucho sacarlos. Por eso es bueno usar las plantas medicinales, le aconsejó a la muchacha, y luego continuó con la explicación: si ves que a alguna persona le duelen las manos y se le tuercen los dedos, debe hervir hojas de aguacate y después tomar el agua colada.



Mo era una buena alumna y tenía excelente memoria. También se interesaba en aprender los cantos y las oraciones que hacía el abuelo para llamar al chanco de monte, al saíno, al tepezcuintle y a los monos, cuando quería comer carne.

22

Pero había algo que la fascinaba, llenándola de emoción cada vez que lo miraba y era el pequeño bolso que, atado con un cordón, colgaba alrededor del cuello del sukia. Dentro, se encontraban las piedras mágicas. Allí estaba uno de los centros de poder del chamán o jawá, como también se les dice a los sukias.

-Abuelo, ¿por qué no me regala sus piedras mágicas?

-No puedo dártelas, Mo, éstas son mías y trabajan solo para mí. Pero sin contarle a nadie, podemos ir al río a ver si te regala unas.

Así lo hicieron y en la tarde del día siguiente, se encaminaron por el trillo.

-Ahora, le dijo Ignacio, vas a llamar a las piedritas así, como hago yo.

Y empezó a cantar y a hablar en voz alta y la muchacha le seguía las palabras al pie de la letra. Eso no era nada nuevo para ella, pues había oído al abuelo durante las diferentes ceremonias y ya sabía muchos cantos.

-¿Y cuándo vienen las piedras?, preguntó Mo.

-Tenemos que volver aquí dentro de cuatro días. También hay que rezarle a Sibö para que te las regale.

-Abuelo, dijo la joven en voz baja, pregúntele a sus piedras si mis hermanos van a volver algún día.

-Me contó tu mamá que desde hace varias semanas estás preguntando sobre tus hermanos. ¿Por qué? ¿Qué pasa con ellos?

23

-Es que tengo el presentimiento de que uno de los dos me necesita. A veces, a lo lejos, oigo una voz que me llama...

El indio arrugó la frente, arqueó las cejas y sacó las tres piedras de la bolsita. Eran redondas, como de tres centímetros y muy lisas y brillantes. Una de color rojizo con vetas, otra de un gris lechoso casi transparente y la otra era negra. Ignacio las tomó despacio entre sus dedos y colocó la roja sobre la palma de su mano.

En ese momento, todos los pájaros del mundo entonaron un canto especial para prevenir a Mo de que un enorme peligro la acechaba. Pero ella solo pudo escuchar las notas más bajas y las confundió con el inocente canto de un pajarillo azul, que se había posado en la rama de un árbol.

-Piedra, le preguntó el abuelo, ¿vive Milo, el hermano de Mo?

Se hizo un silencio tan espeso como la salíva que en ese momento se estaba tragando la muchacha.

-Pregunto por segunda vez, dijo el abuelo en tono más grave y soplando sobre ella, ¿vive Milo, el hermano de Mo?

-Abuelo... pero ¿por qué no se mueve? Yo estoy segura de que está vivo.

-Estás equivocada, a ese bandido muchacho se lo tragó la selva.

-Entonces pregunte por Pedro, por favor, 24 suplicó Mo.

-Ahora, piedra, quiero saber: ¿vive Pedro Mayorga?

Y el sukia volvió a soplar sobre ella. De inmediato la piedra comenzó a moverse; se alzó unos cuantos centímetros de la mano que la sostenía e hizo un sonido como de viento, cuando pasa entre la tupida copa de un árbol.

-Ya chifló... dijo el indio con voz solemne. Tu hermano vive.

-¿Y podemos saber cuándo viene?, insistió Ignacio.

La piedra volvió a chiflar.

-Está vivo y pronto va a regresar.

Mo notó que su abuelo tenía la vista como perdida entre las sombras del tiempo. Los músculos de su cara estaban tensos, como si tuviera puesta una máscara. En realidad no parecía la misma persona.

Abuelo... le tocó el hombro la muchacha. Abuelo... ¿qué le pasa? ¿Se siente bien?

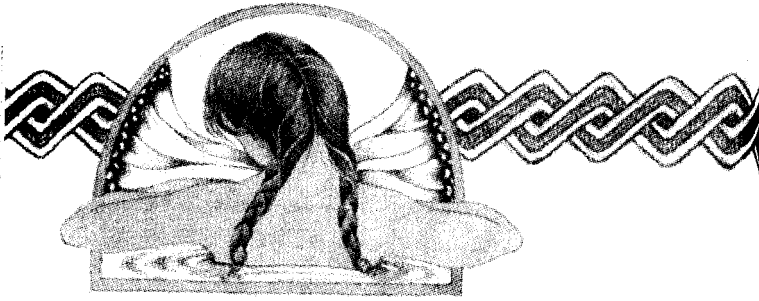
Poco a poco la respiración se fue volviendo más rápida y el indio miró a su nieta con cariño.

-Todo está bien, Mo. Tu hermano Pedro va a llegar pronto. Regresemos.

Caminaron en silencio durante un rato. La joven indígena tenía el espíritu muy alterado. Le habían hablado tanto de Pedro y de Milo...

-Lo que has visto y oído no se le cuenta a nadie. ¿Entendido?

Mo asintió con la cabeza y el pacto quedó sellado por el silencio.



III

-,
- M^o está creciendo y se está haciendo mujer. Cuando va a bañarse al río y se mira en las aguas transparentes de la poza, nota que sus senos se han redondeado, que su cintura es más fina y sus piernas son fuertes y bien formadas.

Le gusta verse en un espejo que tiene su madre y recuerda cómo, unos años atrás, solo le gustaba acercarse a él para hacer muecas y sacar la lengua. Ahora su mirada es oscura, un poco altanera y revela su espíritu indómito, como el de un potro salvaje.

Hoy, al peinarse, le sorprendió ver algo extraño que la puso a dudar de su balance emocional. La imagen que le devolvía el espejo

no era clara, estaba en una nebulosa y era como si estuviera y no estuviera ahí. Se acercó aún más, con curiosidad, y comenzó a ver sombras que se movían en la profundidad del cristal; de pronto oyó un ruido de vidrio roto en mil pedazos que sonó dentro de su cabeza. Le pareció que estaba frente a un lago de aguas turbias, donde su imagen no podía reflejarse. Su carácter impulsivo no la dejó reflexionar y, atemorizada, llamó a su madre:

-¡Mina, se descompuso el espejo!, le gritó.
¡Venga a verlo!

-¿Por qué, se quebró?

-No, seguro está gastado porque no me puedo ver bien.

-Seguro lo gastaste de estar viéndote a cada rato, que es diferente.

-Acérquese y verá que se ve borrosa.

Pero Mina se miró y no notó ninguna diferencia.

Se pasó la mano por la cara, se alisó el cabello y le dijo:

-No tiene nada raro; está igual que siempre.

La muchacha se queda de pie, sin contestar una sola palabra.

Tiene la sensación de que en alguna parte de su cuerpo, hay una fibra tan tensa, como si ya se le fuera a reventar. Mueve la cabeza de un lado a otro, para obligar a las ideas a nivelarse y a ponerse en orden, mientras que sus dos trenzas le golpean la cara, suavemente.



-¿Qué pasa Mo?, estás pálida...

-No es nada, es que sentí un poco de mareo, pero ya estoy bien.

-Entonces vamos, dice su madre. Tenemos que ir al río a lavar la ropa.

-Sí, ya sé, ahora hay mucha porque está el abuelo.

Y las dos comienzan a andar sobre la piel arrugada y polvorienta del camino. Una gallina les sale al paso y cacareando con todas sus fuerzas, le anuncia al mundo con orgullo que acaba de poner un huevo. Siguen caminando entre los árboles frondosos de mango, ojoches, espaveles, guanacastes y los cortés, que estallan en flores amarillas y rosadas. Mojan sus pies en la sombra que les ofrecen y llegan al río. Mo se sienta en una piedra y se quita las sandalias, luego con un dedo del pie comienza a hacer círculos en el agua. No tiene ganas de lavar; simplemente tiene pereza.

-Mina, ya que cumplí los catorce años, quisiera entrar al colegio.

-Bueno... le contestó su madre, a quien el color moreno de su cara le brillaba con el sol de tal manera, que parecía que la tuviera untada de manteca. Su piel era todavía tan tersa y apretada como una vasija de barro.

Comenzó a restregar uno de los pantalones del abuelo, mientras hilvanaba en su mente lo que le iba a contestar a Mo.

-Bueno... ¿qué?, preguntó impaciente la muchacha.

-Está bien, pero sería mejor si pudiéramos conseguirte una beca, porque lo malo del estudio es que los libros son muy caros.

-Yo podría trabajar en algo, tal vez limpiando el colegio de día y estudiando en la noche.

-Si pudiéramos hablarle al director del colegio de San Isidro. Un día de estos vamos a ir a verlo.

Mo se queda silenciosa mirando el río que corre entre las piedras, retorciéndose con dificultad. El aire está caliente y no se mueve ni una sola hoja, tal vez de tan estrujadas que están, unas junto a las otras, formando encajes verdes.

Mo siente lo mismo que en la mañana, cuando se miró al espejo. Está inquieta. Le parece que por sus venas corre aire en vez de sangre y eso la hace sentirse liviana; pero no puede moverse.

-¡Uf! Con tanto calor no me siento bien, piensa en voz alta, pero con el ruido del agua nadie la escucha.

De pronto, en la poza, comienza a reflejarse un rostro. Mo mira hacia arriba y cree que tal vez un árbol está proyectando su sombra en el río, pero no ve más que el cielo azul.

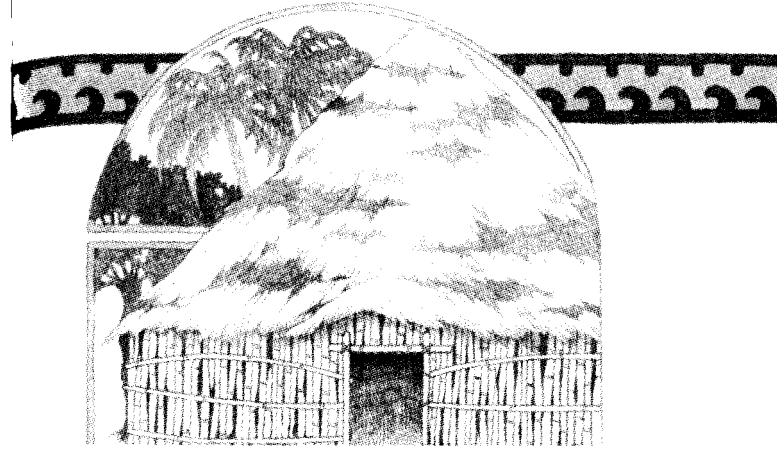
-¡Mina, estoy viendo una cara dentro del agua!

-¡Qué muchacha! Seguro es tu propia cara que se refleja, le contesta la madre un poco

indiferente, acostumbrada a los cambios de humor y al extraño comportamiento de su hija.

-¡No, Mina, la veo bien! Tiene unos ojos grandes que brillan y abre la boca como si quisiera decirme algo. Además en la frente lleva un cintillo y tiene el pelo largo.

La madre de Mo se acerca con cautela, pero no ve absolutamente nada en la poza, solo el río que se escapa entre las piedras negras, con prisa por llegar al mar.



IV

Mo se acuerda cuando su padre construyó el rancho; trajo los palos de la montaña y los más delgados los fue colocando verticalmente, uno al lado del otro; pero por más juntos que los pusiera, siempre quedaba un espacio entre ellos como de cuatro centímetros. Así formó las paredes. Por esas hendidjas la muchacha espía con fascinación al abuelo, mientras él hace sus hechizos y curaciones. El rancho tiene dos puertas que miran una hacia el este y la otra hacia el oeste.

"El Este es muy importante", había dicho su padre una vez, "porque venimos de un lugar muy cerca de donde sale el sol".

El rancho está colocado en un claro de la montaña y el río Ceibo le pasa muy cerca. En el invierno el río crece y la corriente se lleva troncos y piedras que van dando brincos, como los monos.

La siembra de yuca de la madre de Mo es bastante grande y cada día, temprano, se le quitan las malas hierbas para que las plantas puedan desarrollarse bien. Pero antes, hay que atravesar un angosto puente de hamaca que cruza sobre el río. ¡Y cómo se mueve cuando uno camina sobre él! ¡Parece que estuviera lleno de vida!

La joven indígena tiene muchos amigos y amigas en los ranchos vecinos. En uno de ellos vive José, un muchacho de dieciocho años que está terminando sus estudios de colegio y quiere ser médico y sukia. Mo piensa que parece tonto porque, cada vez que se encuentran, él se la queda mirando muy raro. En realidad a Mo le cae mal porque sabe muchas cosas más que ella. Prefiere la compañía de Juanita, que es muy miedosa y divertida, o la de Santiago, un joven fuerte, con el pelo lacio que le cae sobre la frente. Juanita y Santiago son hermanos.

Después de desayunar, Mo y su mamá se dirigen a trabajar la tierra, como lo hacen todos los días, desde que se inició la siembra.

-¡Qué pereza!, murmura Mo apenas sale de su casa. Ahí está otra vez José esperándome, el muy necio. ¿Por qué no se pondrá a trabajar en vez de estar mirando cuando uno pasa?

-¡Buenos días, José!, saluda Mina.

-¡Buenos días!, contesta el muchacho, mirando a Mo.

Pero ella no lo quiere saludar y entonces finge tres estornudos seguidos y le hace apenas una seña de adiós con la mano.

José esboza una sonrisa y ve a las dos mujeres alejarse. Ellas se van por el trillo, pasan el puente de hamaca que ondula a su paso y llegan finalmente al yucal, que crece erguido en la tierra rojiza.

-Por dicha el sol no está muy fuerte todavía, podemos trabajar hasta las diez. ¡Mirá Mo, qué cantidad de hormigueros por todo el camino y también aquí entre las yucas!

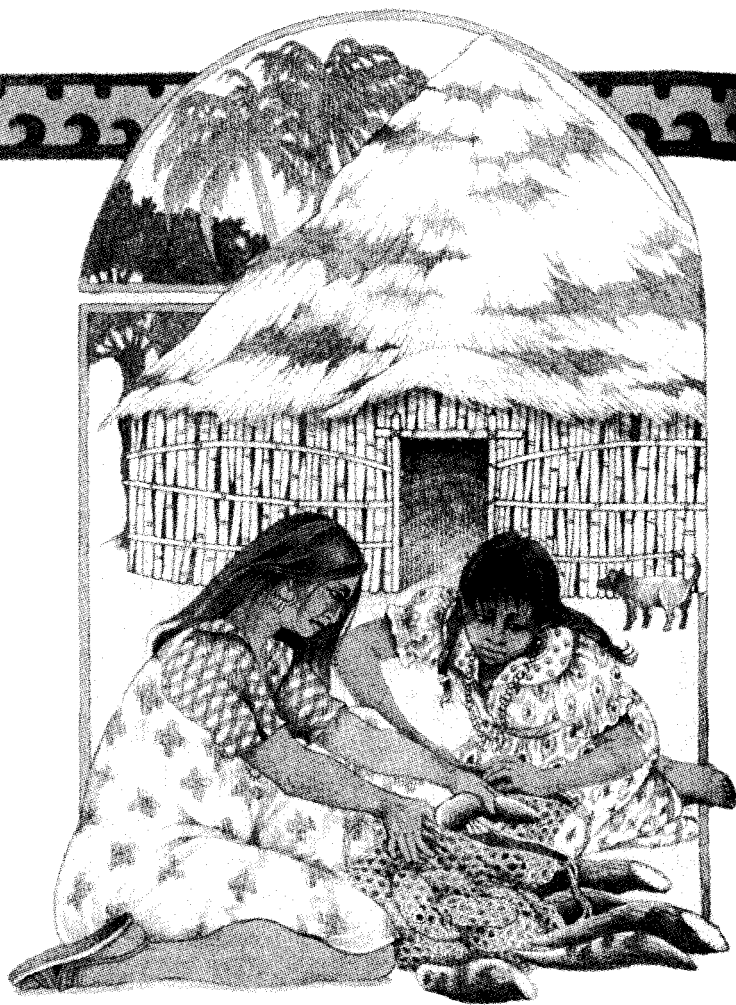
Pero a Mo no le importan las hormigas; tiene otros pensamientos que le preocupan más.

-Mina... ¿Por qué entre los indígenas unos somos más negros que otros?

-Porque Sibó trajo semillas de distintos colores, maíz blanco, maíz negro, maíz amarillo, colorado y morado. Por ejemplo, José tiene la piel más clara que la de nosotros; es porque viene del maíz más blanco.

-Y si yo me quiero casar con alguien, ¿tengo que escoger primero el clan?

-Se debe buscar que el parentesco no sea muy cercano; por eso Sibö dividió cada clan en dos grupos y les dijo que, si se querían casar, tenían que hacerlo con las personas del otro grupo porque de lo contrario, los hijos les saldrían defectuosos. ¡Y ahora a deshierbar porque se nos hace tarde!



Comienzan a sacar las malas hierbas de la tierra sin darse cuenta de que unos ojos las acechan al otro lado de la cerca, midiendo cada movimiento que hacen.

-Mina, ¿qué se hicieron los demás indios?

-¡Ay, muchacha!, ¿cuáles indios?, pregunta la madre asustada, pensando que su hija seguía viendo cosas raras.

-Abuelo me dijo que Costa Rica estaba habitada solo por indios hace muchísimos años; no se veía gente blanca por ninguna parte. Y también me contó que en aquellos tiempos los bosques tenían miles de árboles lindos y grandes donde jugaban las ardillas, los monos, los pájaros, tigres, jaguares, dantas y muchos otros animales. Y me dijo que por todos lados se veían ranchitos con el techo de palma donde vivían los indios y sus familias. Por eso es que yo pregunto: ¿qué se hizo esa gente?

-Según me contaron, cuando los españoles llegaron a estas tierras, nuestros antepasados huyeron a las montañas más lejanas para que no los vieran. Poco a poco se enfermaron y

vida tuvieron hijos y nosotros somos sus descendientes.

-Líe las tierras?

-Casi toda la tierra la tienen los blancos, que son los descendientes de los españoles que vinieron aquí. A nosotros nos dejaron solo unas cuantas reservas, como estos terrenos donde vivimos.

-¿Y mis hermanos? Dice abuelo que Pedro va a regresar pronto.

Los ojos escondidos detrás de la cerca parpadearon.

-Te lo he dicho muchas veces: Santos y Feliciano se fueron con sus mujeres y viven muy lejos; como se llenaron de hijos les cuesta mucho venir a visitarnos. A Pedro lo tuve antes de casarme con tu papá y hace años que no lo veo. Dicen que se fue para Panamá y que allá gana buena plata.

Según calcula el abuelo, Milo te lleva como ocho años y un día se perdió en la selva y no regresó más. Lo buscamos durante mucho tiempo, pero creo que se lo comió el tigre.

Pedro hacía cosas muy bonitas con la madera tallando las figuras de animales. Milo también era muy hábil, pero lo que le gustaba hacer eran tambores. Cogía troncos huecos y los forraba con pieles de iguana o de culebra y como los dejaba bien atilintados, sonaban muy bonito.

-El abuelo nos contó una vez, que los indios se llamaban de una montaña a la otra por medio de esos tambores.

-¡Sí, claro! Tenían gente en lo alto de las montañas y si veían a algún enemigo, se avisaban sonándolos bien fuerte.

Trabajaron un par de horas más y notaron con alegría que las yucas estaban a punto para

ser sacadas de la tierra y vendidas. Entonces, satisfechas, emprendieron el regreso.

-¡Qué bien!, comentó Mina; mañana podemos empezar a vender y con eso nos vamos a ayudar para los gastos de tu colegio.

¡Estaría tan contenta si pudiéramos venderlas todas...!

Apenas llegaron al rancho, se tiraron a descansar en las hamacas, lugar donde se elaboraban los sueños. Cinco gallinas y un cerdo se había metido a buscar comida, en la tierra compacta del piso de la cocina y devoraban uno que otro granito de arroz que se había caído.

Un rato después y repentinamente, apareció José, sudoroso y despeinado. Había llegado corriendo y jadeaba a más no poder. Con voz entrecortada trataba de hablar:

-¡Un hombre blanco... se robó... una parte de las yucas...! Lo acabo de ver. Las cargó en un pequeño camión amarillo y se las llevó... ¡Por más que corrí, no lo pude alcanzar!

De nada valió que el abuelo, las dos mujeres, José y los vecinos corrieran también en su busca. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

-¿Pero cómo pudo robarse esas yucas, si el yucal no está a la orilla de la calle?, preguntó el abuelo.

-Porque al final de la propiedad hay un trillo bastante ancho y por ahí metió el camión, le explicó José.

Había sido una gran pérdida para Mina, pero especialmente para Mo que, con la cabeza baja y lágrimas en los ojos, vio enterradas sus esperanzas de entrar al colegio.



V

A día siguiente del robo, José llegó de visita, en la tarde.

-¿Quiere una limonada o café con yuca?, le ofreció amable la madre de Mo.

-Le acepto el café y la yuca, gracias.

La mujer se retira a la cocina y los muchachos se sientan uno frente al otro, en dos pequeños bancos de madera.

"No entiendo porqué Mina tiene que ser tan amable con él; siempre ofreciéndole cosas", refunfuña Mo mientras mira el suelo.

-Vengo a contarte que la próxima semana haré la iniciación con tu abuelo.

-¿Vas a estudiar con él para hacerte sukia, verdad?

-Así es. Tengo que venir de tres a nueve de la noche todos los días. No puedo a otra hora por las clases en el colegio. Además Ignacio quiere que me vaya acostumbrando a la oscuridad.

-¿Por qué la iniciación no puede ser de día?

-Porque los sukias hacen casi siempre sus curaciones de noche.

-¿Por qué?

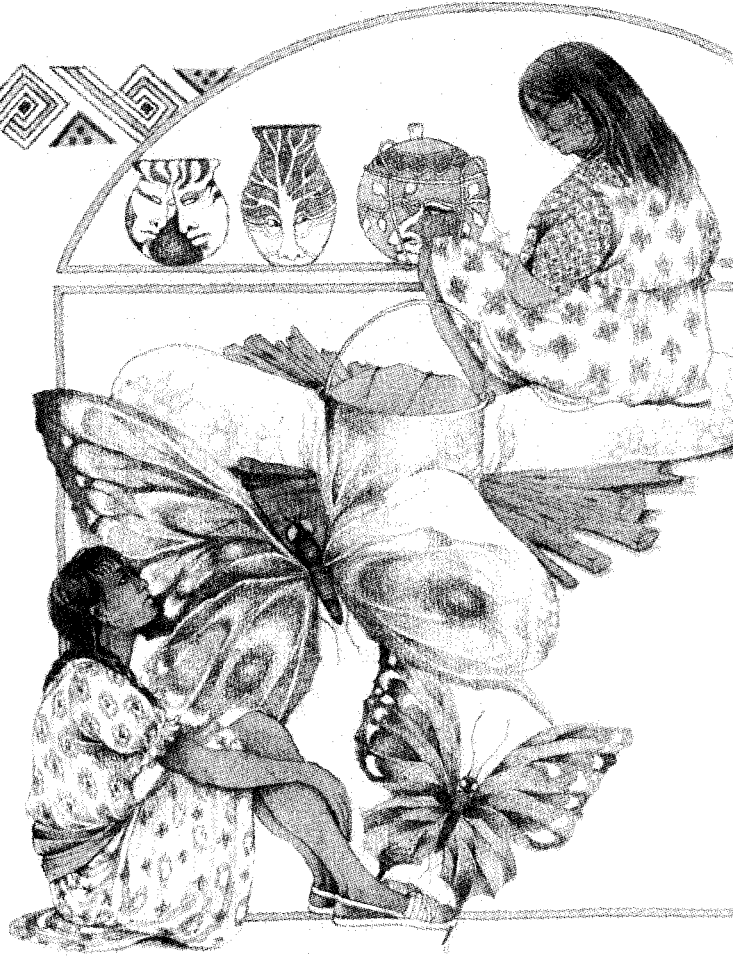
-Porque las semillas de Sibö llegaron a este mundo de noche, explicó Mina desde su lugar frente al fogón, donde sobre tres piedras, en una ollita, se estaba calentando la yuca. No nacimos de día sino de noche.

-¿Y no vas a seguir con tus estudios en la universidad?

-El año entrante pienso estudiar medicina, Mo, si logro reunir la plata. Si no puedo, tal vez será dentro de dos años.

-¿Y cuánto tiempo dijo abuelo que durás haciéndote sukia?

-Un año, dos o tres... no sé, depende de mi esfuerzo. Me dijo que desde hace días me viene observando y que está seguro de que voy a aprender rápido. Tal vez un año. Me gusta curar y ayudar a la gente que más lo necesita y en esta zona cuesta que llegue un médico a ver al enfermo.



-Pues te felicito, dijo Mo mientras hacía círculos con su pie derecho. ¿Dónde vas a recibir esas clases, en el rancho de abuelo o en el de nosotras?

-En este rancho; don Ignacio quiere que comencemos aquí. Mañana empezaremos a construir, detrás, un cuartito con hojas, y tengo que estar metido ahí durante dos días; solo puedo salir de noche.

-El cuartito se hace con hojas de plátano, ¿cierto?

-Así es. Además tengo que ayunar desde el momento en que entro.

-¿Y no se puede comer nada?

-Solo café con un poco de azúcar.

-A propósito de café, aquí está la jarrita que te ofrecí. Ya te traigo la yuca, se está calentando, dijo Mina con una sonrisa. Tendrás que comer bastante para poder aguantar bien con el estómago vacío.

-Gracias... sí, a veces cuesta mucho estar sin comer... Mo, ¿vas a entrar al colegio este año?

-Acaso hay plata... y menos ahora que se robaron ese montón de yucas.

-Yo le he dicho que tal vez se pueda conseguir una beca, dijo Mina.

-¡Claro!, tiene razón y yo creo que les puedo ayudar.

Las dos mujeres lo miraron fijamente con la esperanza colgada de un cordelito en el fondo de sus almas.

-¿Cómo?, preguntaron las dos al mismo tiempo.

-El director del colegio de San Isidro es muy amigo mío. Hace unos meses, un perro rabioso quiso morder a uno de sus hijos, pero cuando me di cuenta, cogí un palo y le di por la cabeza al perro. Desde entonces don Miguel y yo somos amigos. Yo sé que le hablo de la beca y me la consigue.

-¿De veras crees que...?

-¡Pues claro, Mo! Si uno quiere algo y lo desea con mucha gana se le cumple; no hay que ser pesimista.

-Mina, ¿estás oyendo?

-Sí, sí, estoy oyendo. Ojalá sea así. Como que José va a ser un buen sukia porque le gusta resolver problemas.

Entonces Mo, con la rapidez de un venado juguetón se levantó, se dirigió a la cocina y le trajo al muchacho la yuca humeante, servida en un plato. Con una sonrisa amable se la entregó. Sintió que su guerra había terminado, no podía seguir peleando y por primera vez se sintió indefensa pero feliz. No le podía confiar el secreto de que también quería ser sukia y que le tenía envidia por tantas cosas que sabía más que ella, pero pensó que si era su amiga, tal vez él le podría contar una que otra cosa de los misterios que encerraba el ser "jawa", como se le llama al sukia en cabécar.

El viento sacudió las últimas hojas amarillentas que había traído el verano. El aire se llenó de mariposas blancas y un olor a fruta madura se metió entre los ranchos y se acomodó finalmente dentro de las vasijas de barro y de las hamacas que colgaban perezosamente de los horcones.



VI

V lo se levantó temprano y fue a recordarle a su abuelo que hoy era el día en que el río le iba a regalar las piedras mágicas. Muy en secreto le había pedido a Sibö cada noche que no se olvidara de dárselas y estaba segura de que él la había oído.

"Iremos en la tarde", le había dicho Ignacio. Y cuando el sol comenzó a ponerse colorado, se dirigieron a un lugar cerca de la poza de agua fresca y transparente. El abuelo llevaba un puñado de maíz blanco en la mano y se lo dio a Mo al llegar al río.

-Ahora vamos a tirar el maíz al agua y no es sino hasta mañana que hallaremos las piedritas.

-Yo las quería hoy...

-No se puede, hay que esperar hasta mañana. Sibö las trae un día después de que se tira el maíz. Ahora cantarás conmigo un canto de gracias para Sibö.

-Sí, abuelo, yo sé ese canto.

-Vamos a ver si es cierto.

Y los dos entonan un canto en cabécar sagrado que Mo conoce bien porque lo ha oído muchas veces. La tradición flota en el aire y se anida en la palabra. Cuando terminan de cantar, Ignacio le hace una seña a la muchacha para que se siente en la playita de arena negra que tiene el río. Se quedan en silencio mirando el agua y después de un rato, el indio vuelve a hablar.

-Te felicito, Mo, cantaste muy bien. Ahora quiero explicarte algo. Si el río te regala las piedras, no te las podré dar todavía.

-¿Por qué, abuelo? Usted me las prometió.

-El otro día me dijiste que querías hacerte sukia; yo no me opongo a eso, pero aún estás muy joven. Te voy a convertir en una buena sukia, pero mientras tanto guardaremos las piedras. Las voy a cuidar y te las entregaré a su debido tiempo. Solo quiero saber si Sibö está completamente de acuerdo en que seas sukia algún día. Si está de acuerdo, me lo va a demostrar de esa manera, dándote las piedras.

-¿Y cuánto tengo que esperar?

-Hasta que le hayamos hecho 18 cortes al espavel.

-Tanto?

-No se puede antes. Mientras, irás aprendiendo los cantos de las diferentes ceremonias. La próxima semana empieza José su iniciación de jawá y como estoy en tu casa por algunos días más, vas a tener la oportunidad de conocer cómo se inicia un sukia. Vas a tratar de grabarte los cantos en tu cabeza. Con eso adelantaremos bastante en el aprendizaje.

-¿Puedo estar al lado de José?

-Claro que no, pero vas a estar lo suficientemente cerca para oír. Otra cosa Mo, me contó tu mamá que viste una cara en el río, mientras estaban lavando la ropa.

-Sí, abuelo, era una cara que abría y cerraba la boca como queriendo decirme algo y llevaba un cintillo en la frente.

Ignacio frunció las cejas.

-Esa es la segunda cosa que quiero explicarte. Hace días que te vengo observando y estoy seguro de que Sibö te ha concedido ciertos poderes. Esa cualidad de ver personas en el agua es un don y hay que trabajarlo bien.

-Pero ¿cómo, abuelo?

-Vas a mirar el agua de la poza durante quince minutos al día. Concentrándote, pensarás en alguna persona que quisieras ver. Si aparece algo en el agua, lo quiero saber inmediatamente. Eso sí: no se debe tener miedo.

-Yo no tengo miedo.

-Muy bien. Ahora nos vamos porque se está haciendo de noche. Mañana vendremos antes del desayuno.



Y emprendieron el regreso al rancho. Mo quería preguntarle muchas cosas al abuelo, mientras caminaban, pero lo notó sumido en sus pensamientos y por un rato le respetó el silencio. Luego le dijo:

-Abuelo, ¿por qué se hizo usted sukia?

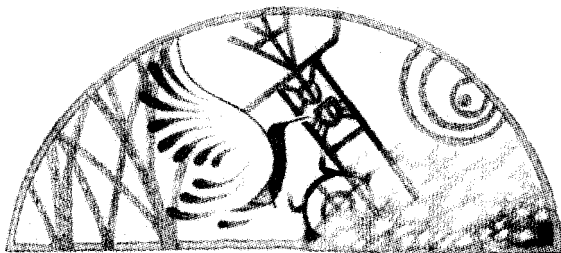
Después de ordenar sus ideas el indio contestó:

-Sibö me dio ciertos dones para escuchar la voz del viento, para leer en la mirada de los hombres y para curar por medio de las plantas y de las piedras. Él me hizo saber que a través de mis poderes podía servir a los demás. Hablo con los espíritus buenos y ellos me dan mensajes para alejar las tinieblas en el corazón de los hombres. Puedo hacer que el jaguar y el tigre trabajen para mí. Y en las noches de luna, me interno en la selva para escuchar a los árboles y recordar remedios viejos que alivien a la gente. El deseo de ayudar debe crecer y subir, igual que lo hace el humo cuando hay un fuego. Pero cuesta mucho ser un buen sukia, es esfuerzo y trabajo; me siento contento cuando alguien se cura con mis remedios.

-La muchacha se sintió satisfecha con la respuesta. Unas horas más tarde, se tiró en la hamaca para pensar y se quedó dormida. Entonces soñó que era una gran sukia que había curado a muchos niños y viejecitos enfermos.

Se miró a sí misma con su bastón de mando; sobre su pecho lucía la chacarita* con las piedras mágicas y una serpiente dormida yacía sobre su pie derecho.

* Chacarita: bolsita tejida donde se guardan las piedras mágicas.



VII

penas amaneció Mina dijo:

-Hoy iremos a vender las yucas antes de que terminen de robárselas.

Pero el abuelo desde su hamaca le contestó:

-Mo y yo tenemos que ir al río, pues hay algo importante que quiero explicarle.

-¡Pero papá! ¿Me van a dejar sola con todo el trabajo?

Vea, usted le está metiendo muchas cosas en la cabeza a Mo. Ya me contó que tiene que mirar el agua durante quince minutos cada día. Tras de que no le gusta mucho trabajar, ahora se pasará en el río perdiendo el tiempo y una con todo el trabajo.

-¡Ay, hija! Usted saque las yucas, que nosotros nos encargaremos de venderlas.

-Sí, Mina, no se preocupe que ahorita estaremos de vuelta. Yo le prometo que me echo el saco a la espalda y la ayudo con la venta, aseguró la muchacha.

La mujer no quedó muy convencida, porque cuando se juntaban la nieta y el abuelo podían conversar un día entero sin parar.

Después del desayuno, se fue al yucal con una pala y un saco y comenzó a sacar las deliciosas yucas amarillas, que se esponjan mostrando su fibra tierna, en cuanto se cocinan.

Mientras tanto, Ignacio y Mo se dirigieron al río. La muchacha sentía su corazón como un conejo brincando. Tenía miedo de que Sibö no la quisiera como sukia.

"Bueno", se consoló, "si no están las piedras hoy, tal vez me las regale cuando yo esté más grande".

Pero Sibö quería que Mo fuera sukia. Así lo pensó el abuelo y, sonriente, iba juntando las piedras más bellas que había visto en su vida.

-Te voy a confesar algo, Mo: ayer vine con José a recoger las piedras para su iniciación pero las tuyas son mucho más lindas. A esta blanca le pasa la luz de un lado al otro y la negra y la roja son tan lisas, que parece que Sibö trabajó la noche entera sacándoles brillo.

La muchacha sonrió feliz.

-Déjeme tocarlas, abuelo.

-Bueno... pero después me las darás para guardarlas en esta chacarita.

Mo las cogió con cuidado y las miró largamente. Un estremecimiento le recorrió la espalda y de un momento a otro las piedras se pusieron tan calientes que comenzaron a quemarle la palma de la mano.

-Cójalas usted, abuelo, yo siento que están muy calientes.

-Es cierto, Mo, dijo el indio con mirada pensativa; están bastante calientes. Parece que alguien quiere decirte algo. Pero ¿quién? En estos días hablaré con los espíritus, a ver qué es lo que saben. Lo malo es que dentro de cuatro días empiezo a preparar a José y eso me tendrá ocupado.

Ignacio recogió las piedras de Mo y las guardó.

-Vamos, dijo. Hay que ayudarle a tu mamá.

Comenzaron a caminar con paso lento. El indio sabía de antemano que las yucas las venderían las mujeres. Siempre fue igual, desde la época de sus antepasados. Si sobra tiempo, se le ayuda a la mujer, pero nunca sobra. Porque el tiempo se le arranca a jirones al día ya que el hombre tiene que cazar, o tallar jícaras o sembrar la milpa, también hacer hamacas y... pensar. Sobre todo en el invierno, cuando iniciación?

caen los grandes aguaceros y la humedad se le mete a la gente dentro del cuerpo, entonces se piensa mucho..., en las correntadas de los ríos y cuando el rancho llora por dentro y se mojan las hamacas y la ropa, eso es triste... y también se piensa en la milpa y en el maíz que se va a podrir.

-Abuelo, ¿qué es lo primero que tiene que hacer José para hacerse sukia?, preguntó de pronto Mo.

-Bueno..., José y toda su familia deben ayunar durante dos días. Ya se les mandó a avisar a sus familiares.

-¿Y en qué consiste el ayuno de José?

-Puede comer antes del amanecer y no vuelve a probar alimento sino hasta que se pone el sol. Durante el día puede tomar café. No debe saber amargo. Durante la noche se le sirve un pedazo de algún ave o pescado. La carne de los animales que andan en la tierra está prohibida. Eso sí, lo que se coma, ha de ser cocinado sin sal.

-¿Puede salir del cuartito durante el día?

-Si tiene que salir por algo muy importante, debe taparse bien para que no le entre ni un rayo de sol. Son dos días de iniciación donde entra al cuartito antes de salir el sol y sale después de que se oculta. Los demás días de clase ya no importa la hora, sino las ganas de aprender.

-¿A usted, a qué hora llega los días de



-Comienzo los cantos cuando empieza a oscurecer y sigo cantando durante el resto de la noche. José no canta, solo oye.

-¡Uy, qué sueño debe dar oír esos cantos toda la noche!

-¡Buena sukia vas a ser si desde ahora estás pensando en dormir, muchacha! Los sukias no dormimos, somos como los doctores; si nos necesitan en la noche, pues ahí estamos para servirle al enfermo. Yo tengo un caracol grande que traje de la playa, si veo que José se está durmiendo, le sueno el caracol bien fuerte. ¡Vieras el susto que se llevan los muchachos y el gran brinco que dan cuando lo oyen! Además le voy a entregar unas maracas que suenan bien porque son hechas de jícaras con semillas o piedras adentro. Las tienen que tocar durante la noche para saber si se han dormido o están despiertos.

-¿Y esos son los cantos que yo me tengo que ir aprendiendo?

-Esos mismos.

Regresaron al rancho temprano, como lo habían prometido. Un rato después, madre e hija se dirigían al pueblo con la esperanza puesta en la venta que realizarían.

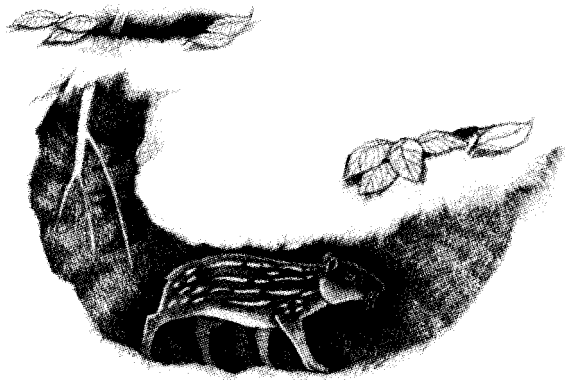
¡Y claro que vendieron las yucas!
¡Absolutamente todas!

Las dos mujeres volvieron felices.

-¡Abuelo!, le gritó Mo, ya tenemos un poquillo de plata para empezar a comprar los útiles del colegio... si es que puedo entrar.

Pero el abuelo no contestó, porque se había ido a ver la casita de hojas de plátano que estaba haciendo José.

Las palabras quedaron rebotando en las paredes y solo el sapo muerto oyó la noticia de que Mo entraría al colegio.



VIII

El día estaba cálido y transparente; las hojas tenían el brillo que les da el sol a las diez de la mañana. Mo sintió deseos de ir a visitar a Santiago y Juanita y los encontró tratando de darle caza a un tepezcuintle.

-La cueva empieza aquí, ¿ves?, donde está este hueco, le explicó Santiago.

-Pero el uzú está más allá, donde está aquel montón de hojas, le comentó Juanita.

-¿Para qué sirve el uzú?

-Es el otro hueco de salida que le hacen a la cueva y lo cierran con hojas. Los tepezcuintles son muy inteligentes y cuando los viene

persiguiendo un enemigo, corren y se meten en la cueva, pero después de un rato, se escapan por el uzú. Mientras tanto, el que lo venía persiguiendo, se queda horas esperando para que el tepezcuintle salga, pero ¡qué va! No le ve ni el pedacito de cola que tiene, terminó diciendo Santiago con una sonrisa.

-¿Y cómo saben que ahora está ahí adentro?, preguntó Mo.

-Porque lo vimos entrar y no ha salido por ninguno de los dos lados, le contestó Juanita.

-Lo mejor que podemos hacer para cazarlo es usar este saco. Vean: ustedes dos lo sostienen poniendo la abertura sobre las hojas, de modo que si se trata de escapar por el uzú, cae dentro. Yo, mientras tanto, lo voy a asustar metiendo un palo en la cueva.

-¡Tengo miedo de que me muera!

-¡No seas tan miedosa, Juanita! Vamos a sostenerlo; yo lo cojo de esta esquina, la animó su amiga.

-¡Ahora sí, allá va!, gritó Santiago.

Unos segundos después Juanita daba brincos y con grandes aspavientos decía:

-¡Ya se metió dentro! ¡Ya se metió dentro! Ahora, ¿qué hacemos?

Pero Mo, rápida y valiente, cerró el saco con sus dos manos:

-Aquí está; ahora ya tienen algo rico para la comida.

Santiago se acercó sonriendo, todo despeinado y con el pelo lacio que le caía sobre la frente, tapándole los ojos. Mo le entregó la presa y él se asomó a verla.

-¡Es un tepezcuintle rayado! ¡Es de los buenos!

-¡A ver, a ver!, gritaron las dos muchachas.

-¡Pero si se parece a una sandía, llena de rayas!

-¡Qué delicia!, dijo Santiago. Es la carne que más me gusta.

Dejaron el saco amarrado, en la cocina del rancho. Salieron para sentarse debajo del árbol de mango, a conversar.

Mo les contó lo que estaba ocurriendo y lo preocupada que estaba por sus hermanos. Pero se guardó el secreto de las piedras y su deseo de ser sukia.

-Cómo es eso de que ves caras en el agua?, preguntó Juanita llena de miedo.

-Abuelo dice que son poderes y que debo sacarles provecho.

A Juanita esa conversación no le gustaba. La hacía sentirse insegura y a cada rato volvía la cabeza para ver hacia atrás, como si alguien la estuviera amenazando. Por eso se levantó de pronto y dijo:

-Ya vuelvo; acabo de terminar un bolso y quiero enseñártelo.

-Trae también las flechas, le gritó su hermano.

Juanita regresó con las dos cosas.

-¡Qué montón!, se sorprendió Mo.

-Dentro del rancho tengo más y también un arco.

-¡Qué fuertes y bien trabajadas están!

-Sí, las hice con madera de pejibaye* y sirven muy bien para cazar venados y tigres. Toca la punta de esta y verás qué filo tiene.

-Es cierto, al que le entre una de estas mejor que se dé por muerto. Y ahora quiero ver tu bolso, Juanita.

La joven se lo mostró con orgullo. Era tejido: ella y su mamá los hacían para vender y los entregaban cada mes a un comerciante blanco que se los compraba muy baratos.

-¡Qué lindo está, Juanita! ¿De dónde sacaste los tres colores de las franjas?

-El rojo de la corteza y las hojas del palo de nance. El amarillo de la raíz de junquillo y el azul del arbusto que se llama "azul de mata".

-Nosotros le llamamos "sacatinta" " a ese arbusto que tiñe azul. Los bolsos que hacemos Mina y yo llevan solo una franja y casi siempre es café; el color lo sacamos del tocolote.

-Yo conozco el tocolote, comentó Santiago, es como ver una mata de algodón.

-El color que más me gusta es el morado, dijo Mo, pero cuesta mucho conseguirlo.

* Pejibaye: palmera de frutos comestibles.



-Sí, dijo Juanita, se saca del caracol que llaman múrice pero ¡qué va! Hay que ir a traerlo hasta el mar.

-¿Ustedes conocen el mar?, preguntó Mo.

-¡Sí, es lindísimo! Y Juanita puso los ojos en blanco. Yo fui el año pasado y me gustó

70 mucho. ¡Hay que ver la cantidad de agua que estudiar y aprender cosas, para que nadie me tiene!

-Dicen que cuando uno lo ve por primera vez, tiene que estar acompañado de alguna persona que ya lo haya visto. Y si quiere conchas de colores, le da la espalda y tira maíz blanco al agua. Al día siguiente aparecen las conchitas más lindas del mundo. Estas que tengo en mi collar me las consiguió abuelo una vez que fue.

-Siempre me ha gustado tu collar, Mo. Algún día, cuando tenga yo algo que te guste mucho, lo podemos cambiar.

-Bueno, eso es un trato, dijo Mo sonriendo pícaramente. Y ahora me vuelvo a mi casa porque casi es medio día y mi estómago está con hambre.

Los tres muchachos se despidieron.

Hacía calor y la tierra por donde caminaba Mo estaba seca y agrietada.

"Dicen que los malos espíritus se encuentran en las montañas y en los valles altos", pensó, "y aquí abajo es donde están los espíritus buenos. Ojalá que por alguna de estas grietas se salga uno que otro de los buenos para que nos ayuden, porque la verdad es que

necesitamos un buen empujoncito. Yo no sé por qué las cosas nos cuestan tanto...

Somos pobres y encima de esto, nos roban, nos quitan la tierra, abusan de nosotros y nos pagan mal la venta de los bolsos, que al fin y al cabo tienen mucho trabajo. Por eso yo quiero engañe".



IX

El lunes en la madrugada y antes de que saliera el sol, José entró en el cuartito que había sido construido, techo y paredes, con las hojas de plátano. Dentro de él había una cama de palitos de madera, una banca, unas maracas y un pichel con café negro y ralo, para que no estuviera muy amargo.

José estaba nervioso y excitado, pero con grandes deseos de iniciar su aprendizaje. Quería ser un sukia de los buenos para que junto con los estudios de medicina que iba a hacer más adelante en la universidad, pudiera curar enfermos, especialmente los de su raza, tan sufrida y marginada.

Se sentó en la cama de palitos a esperar a Ignacio. Se acordó de las cuatro noches que pasó pidiéndole a Sibö que le diera las piedras mágicas. Luego la tarde que fue con el abuelo de Mo a echarle maíz blanco al río y cuando luego, en ayunas, las fue a recoger.

"Pronto vendrá Ignacio y me las entregará", pensó.

Y efectivamente, un minuto después hacía su aparición el sukia.

Entró con paso lento, llevando una candela encendida en una mano y la chacarita en la otra.

-Bueno, bueno... aquí estoy. ¿Estás listo, muchacho?

-Sí, señor.

-Muy bien; sentémonos en el suelo para empezar a explicarte varias cosas.

Entonces vació en el piso de tierra cinco piedrecitas planas como monedas; con su mano firme cogió la primera que era roja.

-Las llamamos "sía"*, dijo señalándolas. Las coloradas sirven para adivinar si hay enemigos por donde uno tiene que caminar. Aunque algunos sukias las usan para hacer el mal, no las vas a usar para eso, dijo mientras lo señalaba con el dedo. Esta otra blanquilla que parece de mármol, sirve para saber si uno va a tener éxito y también se usa para curar el reumatismo.

Luego tomó entre sus dedos otra, blanca, con pintas pequeñas y explicó:

-Esta sirve para curar la gripe y la calentura. No sé como te la dio Sibö, en este río que fuimos a recogerlas, porque casi siempre se tienen que conseguir en lugares que no pertenezcan a los indígenas. También se usan para otras enfermedades como dolores, problemas en el estómago y vómitos.

-¿Y esta con rayas?

-Sirve para purificar a las mujeres después del parto.

-Nos queda solo una...

-Sí, esta última, que es como una pequeña laja, sirve para tener suerte en la caza y en la pesca. Con estas piedras, un "jawá" que se dedica al mal, puede hacer maleficios a la gente que no quiere. Puede matar a otro, o dejarlo sin caminar, provocarle accidentes y hasta hacer que lo muerda una culebra. Pero eso nadie más lo puede hacer, solo los sukias. Como has visto, para cada enfermedad hay una piedra diferente. Más adelante te vas a encargar de buscar otras de colores distintos.

-¿Dónde las consigo? ¿En la misma poza donde fuimos a traer éstas?

-No, estas otras las vas a hallar en un río que hay en Talamanca; de ahí es de donde salen las mejores. También hay otras que se sacan de los animales. Ellos las tienen en el cuerpo. Dicen que son lo que los médicos llaman "cálculos". Se pueden tocar a través

de la piel. Entonces el sukia mata al animal, como el sahíno o el cabro y le saca la piedrita. Casi siempre son de color amarillo y sirven para tener buena suerte en la cacería y para averiguar los males del estómago.

-¿Y cómo funcionan?

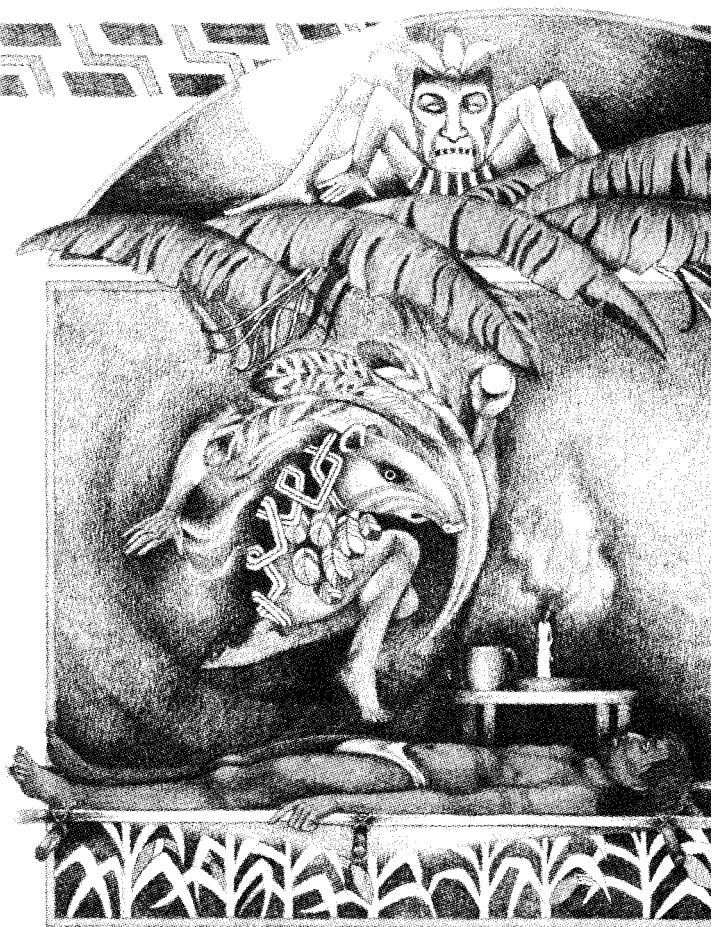
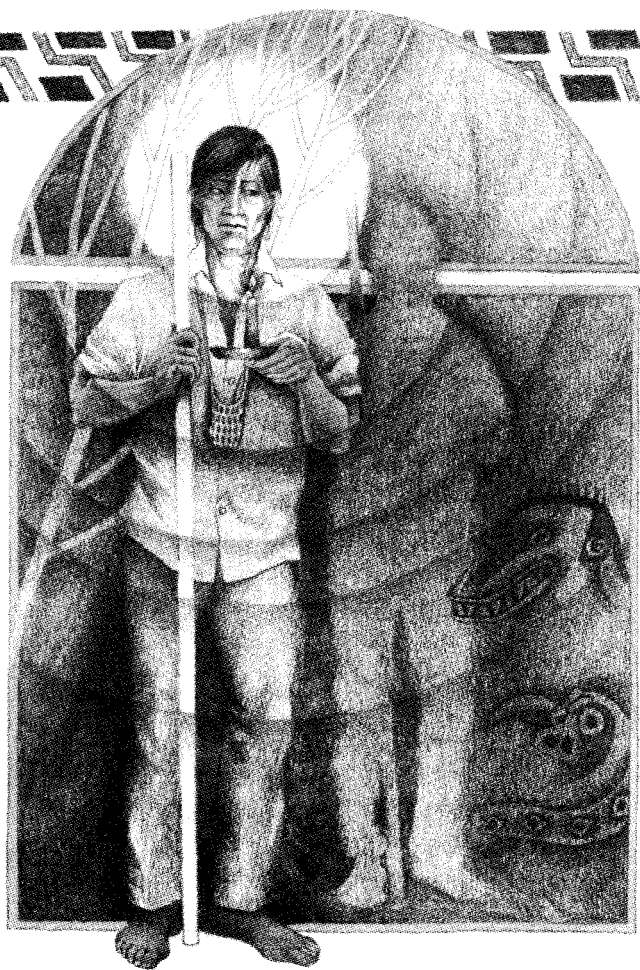
-Son como un puente que nos comunica con los del más allá. Y cuando uno pregunta, ellos contestan a través de las piedras, pero ellas no hablan; solo silban y se mueven.

-¿Todos los sukias las usan?

-Sí. Tenemos muchas y de colores diferentes. El que tenga en la mente curar, usa las blancas. Ellas sirven para saber cómo se encuentra el enfermo y qué mal tiene. Uno se va al monte y ahí comienza el canto que ahora vas a aprender. Después se pone uno la piedra en la palma de la mano derecha y va mencionando una a una las enfermedades que se conocen. Así por ejemplo, si el jawá dice la palabra "reumatismo" y ella se levanta o silba, es esa la enfermedad que tiene el paciente.

Después de esta explicación, el sukia le dijo a José que iba a salir un rato y que meditara sobre lo que le había dicho; él volvería más tarde para enseñarle los cantos.

Ignacio salió del cuartito y José aprovechó para tomar un poco de café. Pero en el momento de servirse, se oyó un soplido y se apagó la vela.



La oscuridad le dio un latigazo en los ojos. Se sintió solo, envuelto en la nada y el corazón tomó un ritmo acelerado. No le preocupaba tanto la oscuridad completa, o la ausencia de luz, sino algo aún más negro que la misma noche, y que intuía estaba a su lado. No se movió hasta que la luz del alba comenzó a asomarse tímidamente, dejándose ver apenas, entre las hojas de plátano.

Ignacio regresó unas horas después y se encontró a José acostado sobre la cama de palitos, pero con los ojos abiertos.

-¡Qué oscuro se puso esto!, le dijo. ¿Y qué pasó con la candela?

-Yo oí como que alguien sopló y enseguida se apagó la llama.

-Esa es buena señal de que los espíritus están cerca.

José no era miedoso, pero sintió un frío en la espalda, como si se le hubiera metido una rana dentro de la camisa, pero no dijo nada; solo preguntó:

-¿Cuánto tiempo se dura para curar a un enfermo?

-Bueno..., eso depende. La medicina indígena no es tan rápida como cuando se pone una inyección. Nosotros vamos curando el dolor poco a poco y duramos como un mes para aliviarlo completamente. Después de que las piedras nos indican qué tiene el enfermo, tenemos que cocinarle hierbas, o cáscaras, tallos o raíces. Además,

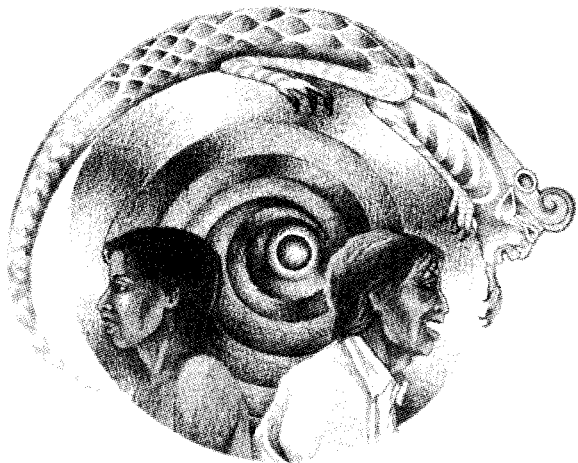
tenemos que llamar a Sibö por medio del canto para que nos ayude a curar. ¡Qué va! así por gusto no funcionan las piedras, hay que trabajarlas bastante. Ya he entrenado a varios sukias y algunos se llevan muchos años para aprender, porque son diferentes conocimientos para curar, para hacer la ceremonia a los muertos o la limpieza a la madre cuando nace un niño o cuando una joven llega a la adolescencia. También te voy a enseñar algo de brujería y cómo cazar fácilmente.

-¿A qué hora puedo salir de aquí?

-Más tarde, cuando se oculte el sol. Saldrás un momento y luego comerás un pedacito de pollo con plátano verde, frío y sin sal, que te preparó Mo. Luego, vamos a empezar los cantos.

-¿Cuánto tiempo duran?

-Toda la noche, hasta la madrugada, muchacho. ¡Y cuidado con dormirte porque te sueno el caracol!



X

Mo no pudo dormir en toda la noche. Desde el cuartito se oía a José sonando las maracas y la voz del abuelo, con su canto monótono y triste. De vez en cuando subía el tono, pero al rato de escucharlo, sintió que se hacían como un nudo las palabras. Se arrollaban y se arrollaban sobre un eje y giraban a la misma velocidad que vuela el viento. Pero tenía que poner atención, porque ese mismo nudo tendría ella que desenrollarlo después, para explicarle al abuelo lo que había oído.

Como a las tres de la mañana, cuando ya iba a quedarse dormida, sonó un cornetazo tan fuerte, que casi brinca hasta el techo. Era

el caracol. Seguro que José estaba por dormirse también. Mina dio una vuelta en su camastro, pero no se despertó.

Dos caracolazos más sonaron antes de que saliera el sol. A las seis de la mañana se levantó, cuando notó que la voz del abuelo no se oía más.

"Voy a chorrear un poco de café, todos lo vamos a necesitar", dijo bostezando y restregándose los ojos.

Mina se levantó y se encontró con que el agua ya estaba calentándose en una olla, sobre las tres piedras del fogón.

Al rato entró el abuelo.

-¡Buenos días! ¿Ya está listo el cafecito?

-En quince minutos está, le dijo Mo. ¿Y cómo le fue a José?

-Yo creo que muy bien. Solo tres veces tuve que sonar el caracol, dijo riéndose.

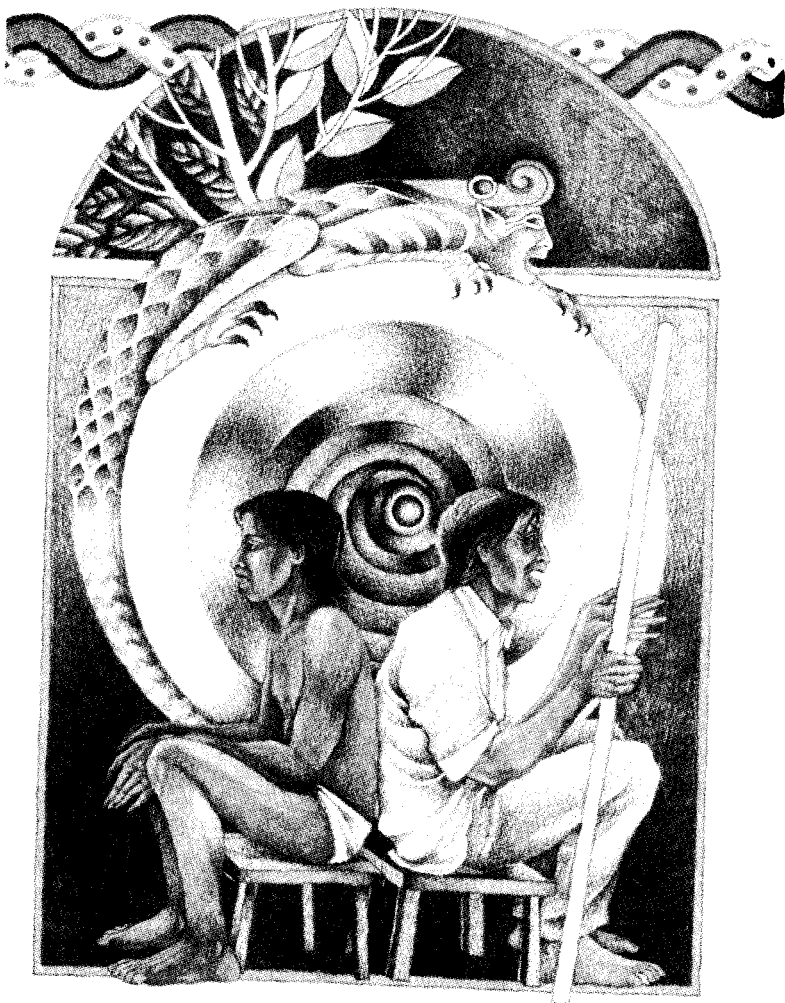
-¿Y se sentaron en el suelo toda la noche?, preguntó Mina.

-No, le contestó Ignacio; nos sentamos en la banca dándonos la espalda. De esta manera José no se distrajo viendo mi cara ni el movimiento que yo hacía con los labios al cantar. Creo que se pudo concentrar bien.

-Ay, abuelo, eso que usted cantó es muy difícil.

-Nada es difícil si se practica. Lo que pasa es que hay que oírlo varias veces.

El sukia le cerró un ojo a Mo y ella entendió que le iba a dar la oportunidad de oír esos



cantos sagrados muchas veces más, lo que la puso contenta.

-A José le falta un día y una noche para terminar la ceremonia de iniciación, continuó el indio. Lo que sigue es la entrega del bastón. Además, pronto llegará el espíritu protector con el que trabajará en el futuro. Es posible que hoy, se le acerque también Sulá *, que es el mensajero de Sibö y con el que va a hablar de asuntos importantes. Tanto las piedras como el bastón son los medios para comunicarse con ellos.

-¿Y de dónde coge José el bastón?, preguntó Mo.

-Yo se lo voy a dar. Es casi de mi tamaño y es hecho de una madera colorada que se encuentra un poco más allá de la selva. Allí están los palos tirados, entre las hojas podridas del suelo. A veces tienen mucho tiempo de estar escondidos sobre la tierra y cuando uno se los encuentra, no se pueden coger ni traer para la casa, porque se pueden convertir en culebras venenosas. Entonces se marca el lugar con una seña, se va para el rancho y ayuna durante tres días, como sacrificio para que la gran culebra, que es la dueña de todos los bastones, no lo pique, en venganza por querer llevarse uno de sus palos colorados; después ya se pueden empezar a tallar. El árbol que da los bastones se llama "Cacique".

* Sulá: espíritu protector de los cabécares.

-Yo he oído decir, comentó Mina, que si el bastón se tiene en la mano izquierda es para una cosa y en la derecha es para otra.

-Así es. Cuando uno camina con él, se lleva en la mano izquierda y si vamos a conversar con los espíritus se lleva en la derecha. Antes, cuando mi papa y mi abuelo vivían y eran sukias, los bastones que usaban eran tallados y en la parte de arriba tenían la cabeza de un jaguar con una talla muy bien hecha. Ahora se hacen más sencillos, con la madera lisa. Hoy tengo que explicarle también a José lo del banquito.

-¿Qué le va a explicar?, preguntó Mo con curiosidad.

-Bueno... bueno... tengo que llevarle este banquito para que se siente. Estos bancos deben ser hechos en madera de cedro porque es buena para transmitir mensajes y para entender lo que los espíritus le quieren decir a uno. Mientras José esté en el cuartito, voy a ir al monte a traer unas cuantas hierbas medicinales para que las vaya conociendo.

-Yo voy a ir al yucal, dijo Mina; tengo que sacar unas cuantas yucas.

-Llego dentro de un rato, dijo Mo. ¿También vamos a vender hoy?

-¡Claro! Entre más ligero se vendan, hay menos peligro de que se las roben.



XI

Un rato después, Mo se quedó sola en el rancho. La mañana indicaba que el día iba a ser muy tranquilo, pero ella se sentía diferente. Oía muy cerca el canto de los pájaros y no le pareció que cantaran sino que gritaban.

-Están jalando la lluvia, pensó.

También el zumbido de los mosquitos empezó a molestarla y al volar tan cerca de ella, chocaban con sus mejillas y su frente.

Se lavó la cara, se miró en el espejo y comenzó a deshacer las trenzas para volver a hacerlas de nuevo.

Notó que se había metido un perro en la cocina y de un escobazo lo echó afuera.

"¡Este perro necio que siempre anda robándose la comida!", dijo en voz alta.

Entonces comenzó a caminar hacia el yucal, pero en lugar de pasar sobre el puente de hamaca, bajó al río con la idea de refrescarse un rato en la poza. Al meter los pies en el agua, le llamó la atención un remolino que empezó a formarse a su alrededor, pero luego se quietó y la poza volvió a quedarse en calma. Se hizo un silencio largo y profundo. Mo sintió como si tuviera algodones en los oídos. Los insectos se quedaron quietos, paralizados y una araña que tejía afanosamente su tela, usando medidas exactas con su hilo plateado, dejó de moverse, igual que cuando espera para dar caza a una mosca.

La muchacha vio que el agua se había convertido en un espejo y que se teñía de colores tenues. Comenzó a cobrar vida y a formar dibujos de nubes, de manchas y de aguas turbulentas. Mo se frotó los ojos y se agachó para ver más de cerca. Entonces vio de nuevo la figura del hombre con el cintillo; esta vez parecía sentado sobre una gran roca.

"Ahora ¿qué hago?", pensó. "Abuelo no está para consultarle y si llamo a Mina no me va a creer, va a decir que son inventos míos".

La figura de la piedra parecía triste y de vez en cuando se pasaba las manos por el cabello que le caía, largo y lacio, sobre los hombros. Llevaba una camisa de manga corta y no tenía zapatos. Mo se concentró,

sin saber exactamente lo que estaba haciendo y enseguida oyó la voz del hombre, como si le hablara dentro de su cerebro.

-Necesito ayuda... ayuda...

-¿Quién es usted?, preguntó Mo mentalmente.

-Soy Milo... cuidado con Kús*...

-¿Y dónde estás Milo?, se angustió Mo.

-En la Cueva de la Gran Laguna...

La figura se fue desvaneciendo poco a poco y la voz que sonaba dentro de la cabeza de Mo se fue haciendo cada vez más débil.

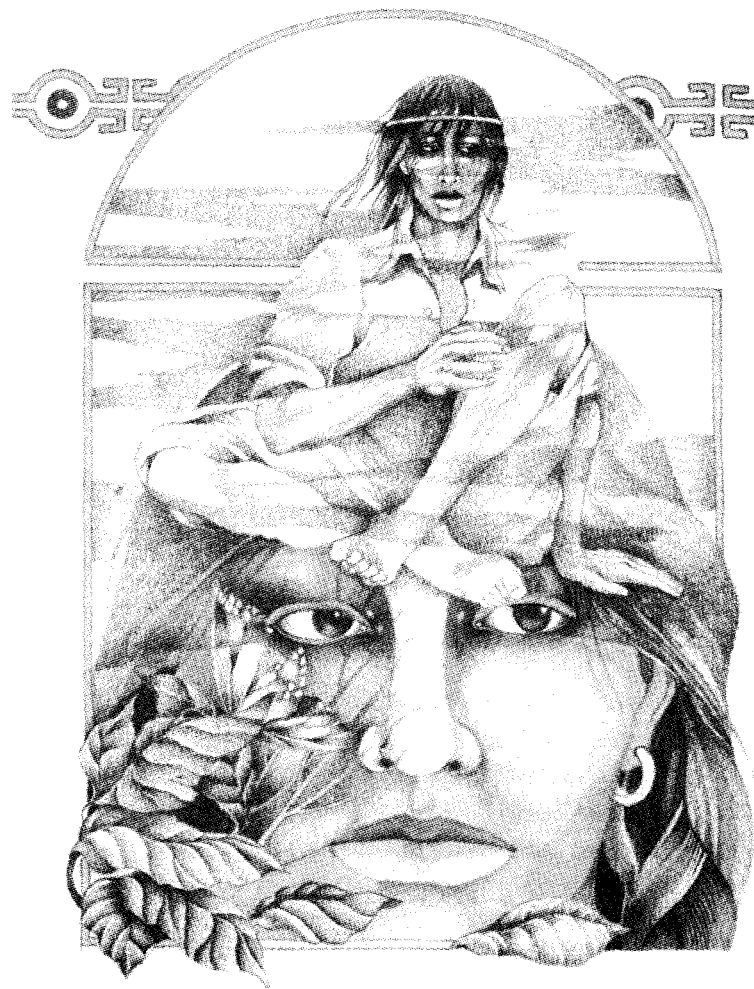
Mo no salía de su preocupación y de su asombro. Su hermano estaba vivo, la necesitaba y ella tenía que ir en su ayuda.

"Yo sola no voy a ir, ni siquiera sé dónde queda la Gran Laguna, alguien tiene que acompañarme... pero ni abuelo ni José pueden en estos días y Mina piensa que solo digo tonterías". Echó la cabeza para atrás y cerró los ojos. "Puede ser que Santiago y Juanita..." Y salió del agua, presurosa a buscarlos. "Como todavía estamos en vacaciones y las clases comienzan hasta dentro de un mes, tal vez vayan conmigo".

No encontró a Santiago, solo a Juanita que estaba tejiendo un bolso.

-¡Hola, Mo! Vamos a comer naranjas, están dulces y riquísimas, la invitó su amiga.

*Kús: duende malo que pierde a la gente en la selva.



-No, gracias, Juanita, más bien quiero hablarte; es que tengo un problema.

Juanita se preocupó al ver a Mo tan seria, cuando siempre se mostraba alegre y bulliciosa.

90 Y como era su costumbre se fueron a sentar sobre la tierra desnuda, de donde iban a tomar la energía y la fuerza para llevar a cabo su proyecto.

-¿Y qué te pasa?

-Pues que hoy, mirando en el agua del río, me comuniqué con mi hermano Milo.

-¿Qué? ¿Pero no es que estaba muerto? Ay, Mo, yo creo que estás medio loca, desde hace días te encuentro muy extraña.

-Juanita, estás igual que Mina. ¡Con ustedes no se puede hablar!

-Es que a mí me dan miedo esas cosas raras. Está bien cuando lo dicen los sukias, porque ellos se comunican con los espíritus, pero uno no se puede comunicar con los muertos.

-¡Pero es que Milo está vivo!, ¡no es un espíritu! Y el pobrecito necesita ayuda y yo los necesito a ustedes para encontrarlo.

-¡Yo no voy! Tal vez Santiago quiera acompañarte, pero yo no.

-¡Juanita! ¡Yo los necesito más que nada en e mundo! .

Te voy a contar lo que me dijo, o más bien lo que yo sentí que me quería decir.

Y Mo le fue narrando lo que le había comunicado mentalmente su hermano.

Santiago llegó en ese momento y se sentó al lado de las muchachas. Le extrañó el semblante pálido de su hermana y la seriedad poco usual de Mo. Algo grave pasaba. Entonces, poco a poco, Mo le contó lo que sucedía.

-La Gran Laguna queda en Talamanca, pero que yo sepa, no hay ahí ninguna cueva. Es cierto que dicen que allí vive Kús y el que pasa por ese lugar tiene que dejarle un regalito, sobre una gran piedra. Puede ser una rama, o una hilacha de tela. Pero Kús castiga al que pasa y no le deja nada.

-Pues ahí es donde debe estar Milo. Y necesito que ustedes me acompañen. ¡Por favor! Son mis amigos y no puedo decirle a nadie más.

-¿Y qué pasa con tu abuelo y José?

-Están con lo de la iniciación, le explicó Juanita a su hermano.

-Bueno... ¿me acompañan, sí o no? Si no, me voy sola.

-Yo no voy, insistió Juanita. Me puedo morir de miedo en el camino.

-Yo te acompaño, Mo, dijo resueltamente Santiago; pero es un largo viaje. Por lo menos dos días de ida y dos de regreso. ¿Y qué le vas a decir a tu familia? Se van a preocupar si no te encuentran.

-Les dejaré un papel escrito diciendo dónde voy. No pienso contarles lo que quiero hacer. Juanita... ¿vendrías con nosotros si te regalo mi collar?

-Ni por eso. Ahora solo los acompañaré hasta tu rancho.

Con Santiago irás bien acompañada.

-Tenemos que llevar algo de comer, dijo el muchacho.

-En el rancho hay algo de comida... plátano verde cocido y varios pedazos de yuca frita.

-Yo llevo unas naranjas.

Y diciendo esto, Santiago se fue rápidamente a traer una bolsa con unas cuantas frutas que estaban bien amarillas y jugosas. Trajo además el arco y tres flechas.

-Mejor vámonos ya, antes de que regresen Mina y mi abuelo.

Los tres se dirigieron al rancho de Mo.

"Voy a buscar mis piedras mágicas; yo sé donde las escondió mi abuelo".

Efectivamente, dentro de un tarro vacío que estaba en un rincón de la cocina, Mo se encontró un saquito con las piedras. Las sacó sin decirles nada a sus amigos y las guardó dentro de su blusa. Después se sentó a escribir un papel que decía así:

"Abuelo y Mina: voy a la Gran Laguna de Talamanca. No se preocupen por mí. Me va a acompañar Santiago y tal vez Juanita, si logro convencerla. Regresaremos en cuatro días. Mo".

Colocó el papel en un lugar visible, en la cocina; cogió de la olla unos plátanos verdes cocinados, seis pedazos de yuca frita, los

envolvió bien en hojas de plátano y los echó dentro de una bolsa de papel.

-Ya estoy lista, dijo.

-En ese preciso momento, un hombre se presentó en la cocina, sin avisar y sin hacer ruido. Los tres jóvenes lo miraron con curiosidad y temor, preguntándose con los ojos quién sería, pero él, adivinando su inquietud, contestó en tono solemne:

-Hola Mo... soy tu hermano Pedro.

-¿Pedro?, exclamaron los tres al mismo tiempo.

-Sí, hace días quería venir a visitarlos. ¿Dónde están tu abuelo y tu mamá, Mo?

-Abuelo está en el monte buscando hojas medicinales para enseñárselas a José, un amigo que se está iniciando como sukia, y Mina anda en el yucal.

Algo raro le notó la joven indígena a su hermano. Tenía una mirada como perdida, ausente. Hacía mucho que no lo veía y no se acordaba del todo de sus facciones. Decían de él que era alto, muy moreno, fuerte, que tenía unos dientes muy lindos y que le gustaba trabajar el barro. ¡Ah! Y además que vivía en Panamá. Eso era todo lo que sabía de él. Mo le ofreció un café o un refresco, pero Pedro no aceptó.

Mo no sabía qué hacer. Tantos días esperando la llegada de sus hermanos y ahora que aparecía uno de ellos, como se lo había anunciado el abuelo, se sentía cohibida, como si estuviera ante la presencia de un extraño, en

vez de un miembro de su clan y alguien de su propia sangre.

-Nosotros pensábamos salir dentro de unos minutos, dijo Mo resueltamente, pero si quiere se puede quedar aquí esperando al abuelo y a Mina, que ahorita vienen.

-Y ¿a dónde piensan ir ustedes?

Mo titubeó antes de contestar.

-Vamos a ir a la Gran Laguna de Talamanca... voy a ir a buscar a Milo, terminó diciendo Mo.

A Pedro se le encendieron los ojos con un brillo especial y sonrió mostrando sus dientes blanquísimos. Mo, que tenía dudas sobre su identidad, no tuvo más remedio que aceptar que se parecía un poco a las señas que le habían dado de su hermano.

-¿Cómo saben que Milo está allá?

Santiago, que se había mantenido callado contestó:

-Tenemos un amigo que lo vio y nos dijo que quiere vernos.

-Pero yo no voy a ir; aquí me quedo, dijo Juanita suavemente.

Su voz parecía un susurro.

-¿Por qué no vas a acompañarlos?, se le acercó Pedro, mirándola en los ojos.

-Tengo miedo...

Pedro se le acercó aún más.

-¡Claro que los vas a acompañar! Ese miedo se te va apenas des un paso fuera de este rancho.

Juanita lo miró, y su expresión denotaba temor. La proximidad de este extraño, aunque fuera el hermano de Mo, le producía desasosiego.

Santiago notó esa inquietud y de un salto se colocó al lado de su hermana.

-No hay ninguna obligación de que nos acompañés, Juanita, dijo.

-Si se trata de buscar a Milo, yo puedo ir con ustedes, si les parece, sonrió Pedro tratando de ser amigable. Se de un camino corto para llegar a la Gran Laguna y duraríamos solo un día y medio de ida.

-Y por supuesto lo mismo de regreso, quiso bromear Santiago. Pero Pedro no contestó; ya estaba caminando, con paso firme, hacia la puerta del rancho y ninguno pudo ver la enigmática sonrisa que dibujaron sus labios en ese momento.

Mo salió de última y con tal rapidez que nadie lo notó, descolgó el sapo muerto y lo echó en el bolso donde venían cuidadosamente envueltos los plátanos y las yucas.

Juanita quiso correr a su rancho, huir de ahí, porque presentía que algo raro estaba sucediendo, pero de pronto, una fuerza más poderosa que su voluntad la obligó a decir:

-Voy a ir con ustedes...

-¡Gracias, Juanita! Eso merece que te regale mi collar.

Y tomándolo con sus dos manos, se lo puso en el cuello a su amiga. Juanita lo tocó suavemente con sus dedos y dijo:

-Pero te estás deshaciendo de tu collar de la suerte...

-No importa, también vas a tener suerte con él.

Mo tocó las piedritas a través de su blusa, el sapo dentro de la bolsa y pensó que era suficiente lo que tenía para que le diera protección y suerte.

96



XII

Mina regresó arrastrando el saco lleno de yucas y lo dejó en la puerta del rancho.

"Voy a dejarlas aquí mientras aparece Mo", pensó.

Venía cansada y sudorosa. Se tiró sobre la hamaca a descansar un rato. Mientras se balanceaba suavemente, cerró los ojos.

"La vida de nosotras las mujeres es muy dura", se dijo.

"¡Hay tanto trabajo que hacer! Me acuerdo cuando tenía los niños pequeños, los apuros que pasaba y lo pobres que éramos. Pero antes las cosas eran diferentes... la carne se encontraba cerca porque rondaban

muchísimos tepezcuintles y venados y papá tenía unos cuantos cerdos y una vaca. Ahora los animales se fueron porque han abierto muchos caminos. Algunos indígenas han vendido su tierra y nos estamos rodeando de gente blanca. Gracias a Sibö yo todavía tengo mi pedacito donde sembrar". Suspiró. Sintió el orgullo de su raza correr por sus venas y solo lamentó que se le estaban olvidando ciertas palabras de su lengua indígena. "Si Mo quiere ir al colegio también puede estudiar nuestra lengua para que no se le olvide". Y en esos pensamientos la atrapó el sueño y durante media hora flotó sobre el viento.

Despertó y se puso a barrer el piso de tierra con una escoba hecha de ramitas de arbusto.

"¿Dónde estará Mo? Necesito que me ayude, porque yo sola no puedo llevar la carga hasta el pueblo. Pero no se ve ni se oye por ningún lado".

Sintió sed y se dirigió a la cocina para tomarse un vaso de agua. Fue entonces cuando descubrió el papel escrito por Mo. Lo tomó entre sus dedos y lo leyó despacio, luego se sentó en la hamaca a pensar.

Así la encontró Ignacio cuando regresó más tarde.

-Mo se fue, le dijo con preocupación. Dejó este papel.

Ignacio comenzó a leer y mientras tanto una enorme palidez cubrió su rostro. Mina creyó que se iba a desmayar.



-Pero papá, ¿qué le pasa? Mo va a volver pronto, así dice el escrito, y que no nos preocupemos.

El sukia se sentó en un banco y se cubrió la cara con las manos. Un sollozo quiso salir de su pecho pero quedó estrangulado en medio de su garganta.

De pronto cogió el papel y lo arrugó entre sus dedos con rabia.

-¡Es mi culpa!, nunca le conté a Mo que no podía acercarse a la Gran Laguna. ¡Jamás!

-¿Por qué, papá?

-Porque ahí vive mi enemigo, el sukia más poderoso y perverso que he conocido. Solo trabaja con Kús y sus ayudantes y todos ellos están apoyados por las fuerzas del mal. Una vez le prometí que no me entrometería en sus dominios, si él no se metía en los míos. Y ese pacto lo sellamos hace muchos años, de modo que ahora no puedo ir a buscar a Mo porque él me podría convertir en tigre o en culebra.

-¿Y cómo se llama ese sukia?

-Se llama Teófilo, pero solo le dicen Dolólo*.

-¿Ahora qué hacemos?, preguntó Mina con los ojos llenos de lágrimas,

-Ya mismo voy a hablar con los espíritus, De todas maneras José tiene que tratar de hacerlo también. Veremos qué nos dicen.

Ignacio cogió el bastón que reposaba en una de las paredes, con el objeto de entregárselo a José. Caminaba arrastrando los pies y sentía como si una enorme roca estuviera sobre su corazón. Tenía presentimientos angustiosos y un mundo de dudas y preguntas bullía en su cabeza. Finalmente entró al cuartito.

Mina, por su parte, vació el saco y lo dejó por la mitad. Como estaba cerca de la puerta del rancho, en un movimiento maquinal, miró hacia arriba y se dio cuenta de que el sapo no estaba ahí.

Abrió los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas y sintió que su cuerpo temblaba como un pajarito que vuela por primera vez.

-¿Quién lo habrá quitado de ahí?

Se vio desprotegida y mirando a un lado y al otro, presintió que Kús se iba acercando lentamente.

Cogió el saco, lo cargó sobre su espalda y comenzó a caminar en dirección al pueblo.

"Mo está en peligro", se angustió, "si papá no puede, yo iré a buscarla".

Sentados en el suelo, el sukia le explicaba a José, con mano temblorosa, los poderes medicinales de cada hierba.

El muchacho estaba sorprendido al ver a Ignacio tan nervioso; de un día al otro, parecía que hubiera envejecido como veinte años.

-A las enfermedades hay que cantarles, porque las hierbas sin el canto no sirven.

-¿Cada enfermedad tiene un canto sagrado diferente?

-Así es. Las enfermedades no son cosa del cuerpo. Por ejemplo, si a uno le duele una mano, no es que la mano está enferma; es que hay un ser que está provocando ese dolor y por eso hay que cantarle el canto apropiado para aliviarlo. De este modo, se le canta al espíritu de la enfermedad, no a la mano. Además el enfermo se le debe soplar y tocar con esta hoja de zahinillo*.

-¿Por qué se hacen dibujos de animales?

-Los espíritus de las enfermedades son como animales. Por eso cuando vamos a curar a un paciente, hacemos muchos dibujos representando a los diferentes animales.

-¿Y con cuál canto se comienza?

-Primero se hace un canto y la persona se presenta a Sibö y le dice quién es. Después sigue el canto de la enfermedad; por último saca uno los dibujos que hizo y se van diciendo las características del animal. Por ejemplo que es bravo, que le gusta morder, que es malo.

-¿Para qué se dice todo eso de los animales?

-Porque presentar los animales es como si estuvieran presentado las enfermedades y uno dice también que son malas, que duelen, que matan.

-¿En qué termina el canto sagrado?

-Se les dice a las enfermedades que no molesten más, que ya uno conoce cómo se comportan y que deben irse donde Sibö.

La luz tenue de la candela que ahora alumbraba el cuartito, comenzó a formar sombras en las paredes y de pronto, una de ellas, se desprendió y se posó al lado de los dos hombres.

José comenzó a temblar de pies a cabeza, pero el sukia lo tranquilizó.

-Ya se acerca Sulá, le dijo. Ahora vas a sentarte en el banquito de cedro, vas a tomar el bastón de mando con la mano derecha y te vas a colocar la piedrita roja en la palma de la mano izquierda.

-¿y qué tengo que preguntarle?

-Primero hay que averiguar si hay algún enemigo cerca. Esas son las preguntas que se le hacen a las piedritas rojas.

José sintió frío, pero de un momento a otro, perdió el control de su cuerpo y de su mente. El cuartito comenzó a llenarse de neblina y el joven se dio cuenta de que algo lleno de misterio estaba presente. Su voz obedecía a las indicaciones que le había hecho Ignacio. Entonces preguntó:

-Quiero saber si en mi camino se ve algún enemigo.

-Hay que soplar sobre la piedra, le indicó el sukia.

José sopló sobre ella, como quien apaga una vela. Entonces la piedrita comenzó a silbar y a moverse de un lado a otro, como si tuviera un animal rabioso metido dentro. Después se elevó unos cuantos centímetros y finalmente se aquietó.

-Parece que sí hay enemigos, dijo Ignacio con voz cansada.

-Pero ¿quién?

-Eso no lo contestan las piedras, eso lo dicen los espíritus.

La sombra de Sulá comenzó a transformarse. Era como si esa mancha oscura que veían como sombra se hubiera metido dentro de la luz de la luna y al salir quedara con los bordes blancos y brillantes. La sombra se había aproximado al sukia y estaba tan cerca, que se confundía con su cuerpo; y entonces Sulá comenzó a hablar a través de Ignacio.

Kús ^{eso} está mal. Esa es la tierra de los

-Pero... ¿Cómo?... ¿Dónde está Mo? ¿Qué fue a hacer ahí?, se angustió José.

-"Va en busca de su hermano Milo; debe tener cuidado... mucho cuidado. Hay un gran peligro. No todos los espíritus son buenos y tiene que saber la diferencia entre el amor y el odio. Si da amor para ayudar a los demás, tiene la protección de Sibö".

-¿Cómo la puedo ayudar?

-"El que pide guía y orientación debe confiar en los mensajes que le da su conciencia".

-¡Yo tengo que ir a ayudarla!, gritó José y su voz quedó grabada en el tiempo.

-"Está bien, pero hay que advertirle a Mo que no toque a Milo mientras esté hechizado. Ella sabe cómo comunicarse y darle lo que él necesita".

Ignacio tuvo un ligero estremecimiento y su voz volvió a ser la suya.

-¡Ignacio! Mo está en un grave peligro. ¡Salió a buscar a Milo!

-Ya lo sé, le contestó el sukia tristemente.

-¿Y usted no va a hacer nada para salvarla?

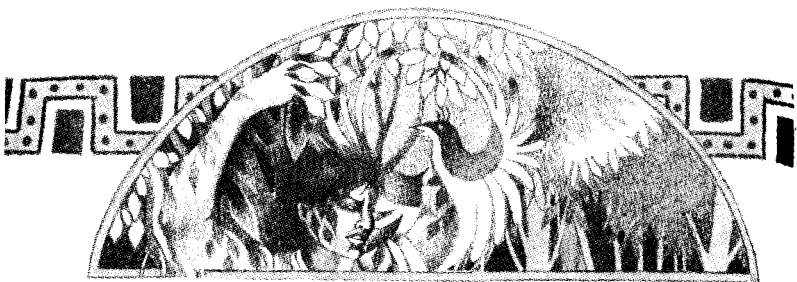
-No puedo. El sukia que vive en la Gran Laguna de Talamanca no lo permitiría. Es mi peor enemigo.

-¿Cómo sabe que Mo va hacia la Gran Laguna?

Porque dejó un papel escrito. Se fue con Santiago y con Juanita. Por hoy hemos terminado. Tendrás que venir todos los días como habíamos acordado.

-No puedo seguir adelante. Tengo que ayudar a Mo.

-Está bien, sonrió agradecido Ignacio. Lo que siento es no poder acompañarte, pero desde aquí voy a ver qué puedo hacer.



XIII

un buen trecho de camino. Subían y bajaban montañas. La aridez se notaba más en las partes altas. Desde donde estaban, se podía divisar el cerro Chirripó, imponente.

Hacía calor y las gargantas estaban secas; era el momento de comerse una naranja. Al final del día, se habían repartido los plátanos y las yucas. Mo había tenido cuidado a la hora de sacar los alimentos, de que nadie notara la presencia del sapo dentro del bolso.

¡Qué piedras tan bonitas hay por aquí!, había dicho. Voy a llevarme algunas de

recuerdo. Y juntando varias, de diferentes tamaños y colores, las echó cuidadosamente en la bolsa. De esta manera el sapo quedó bien disimulado. Todavía ella no entendía por qué había descolgado el animal muerto. Era un sentimiento más fuerte que su voluntad lo que la hizo meterlo en el bolso para llevárselo. Tal vez inconscientemente, pensó que le iba a traer buena suerte o que su papá le daría alguna protección a través de él.

Pedro no quiso probar bocado en todo el trayecto. Por lo demás, se comportaba normalmente. Mo lo sentía distante, para ser su hermano; no lograba comprender qué era lo que los separaba. Comenzó a preguntarle sobre Panamá y él le explicó que se había ido allá, porque había muy buenas oportunidades de trabajo.

De un momento a otro, la selva comenzó a cerrarse y el trillo que supuestamente habían seguido, se borró entre las hojas caídas.

-¡Qué raro!, comentó Pedro. Estoy un poco desorientado; se me perdió el camino.

-Yo solo he venido una vez por aquí, pero por donde anduve, siempre me encontré un trillo. Y ahora pareciera que no hay salida, dijo Santiago.

-Lo malo, es que ya se nos viene la noche encima, dijo Mo con temor.

A Juanita se le quiso encender una luz en los ojos, pero cuando pestañeó se borró completamente.



-Vamos a tener que pasar la noche aquí, dijo solemnemente Pedro.

-Lo mejor será hacer una fogata y un refugio de palos y hojas donde guarecernos, aconsejó Santiago.

-Por dicha estamos en verano y todavía no piensa llover, comentó Mo.

-¡Qué raro!, Mo siempre optimista, dijo irónica Juanita.

Había un malestar en la voz de Juanita que se convirtió poco a poco en impaciencia. Santiago se sentía nervioso y alterado porque sabía los peligros de la selva y Mo se quejó agriamente porque tenía hambre.

Pedro no dijo nada. Comenzó a traer palos y ramas.

De pronto, una claridad de un suave color violeta apareció detrás de un árbol; se encendió y después de unos segundos se apagaba. Pedro dejó lo que estaba haciendo y con paso despacioso se dirigió a la luz.

Los tres jóvenes lo miraron sin poder decir nada, porque cuando quisieron hablar, él ya había desaparecido detrás del árbol.

-¡Pedro!, gritó Mo, aterrada. ¿Dónde estás Pedro?

Nadie respondió. El eco de su voz se lo llevó el viento, selva adentro, y se quedó dormido en la cueva de algún animal salvaje.

Los tres se miraron sin saber qué hacer. Pero sentían que algo había cambiado en el ambiente y en ellos mismos. Estaban menos

tensos y notaron ese cambio cuando Juanita dijo:

-Yo no sé qué estoy haciendo aquí, ¿por qué vine con ustedes? Yo no quería acompañarlos. Ahora tengo tanto miedo, que si se mueve una hoja me voy a morir aquí mismo. Y comenzó a llorar desconsolada.

-Nada nos va a pasar, dijo su hermano tratando de tranquilizarla.

-Tenés mi collar de la buena suerte, agárrate de él.

-¿Cuál collar de la buena suerte?

-El que te dí cuando salimos, le explicó Mo. Mi collar.

Entonces, seriamente preocupados, cayeron en la cuenta de que habían sido víctimas

Mina regresó del pueblo agotada; había vendido todas las yucas, pero el cansancio mayor estaba en su corazón. Tenía los ojos enrojecidos, de tanto llorar y secarse las lágrimas con el dorso de la mano, para que nadie notara su sufrimiento.

"Tengo un poco de resfrío", había dicho a sus clientes y ellos le habían aconsejado que tomara agua con jugo de limón, en ayunas, un té de linaza tostada si tenía tos, o el agua de flores de borraja hervidas que eran buenas para hacer sudar.

Cuando llegó al rancho, se enteró por Ignacio de que José había salido en busca de Mo.

-¿Y se fue solo?

-Sí, hace como media hora.

-Que Sibö lo acompañe, dijo Mina, amarrando con las palabras la protección divina.

-Lo malo es que va a encontrar enemigos 111 en el camino; se lo advirtió Sulá.

La mujer se inquietó.

-No debió irse solo. Es peligroso.

-Yo tenía que haberlo acompañado, pero por cumplir mi promesa mejor me quedé aquí. Así Dolólo no le hará ningún daño a Mo.

La mujer quedó un poco más tranquila con la esperanza puesta en el regreso de los

Mo, Santiago y Juanita pasaron la noche en el refugio de ramas que habían construido.

Con gran esfuerzo lograron mantener el fuego encendido, porque casi no encontraron palos secos, pero les sirvió, no solo para tener un poco de claridad en medio de tanta noche, sino que así ahuyentaron al tigre que andaba cerca.

Juanita, hecha un ovillo al fondo de la enramada, no podía dormir, porque estaba segura de haber visto una culebra enorme que pasó cerca y que se fue a esconder debajo de las hojas que yacían en la tierra húmeda de rocío. Finalmente la venció el sueño.

Santiago, armado con su arco y sus flechas, se sentó sobre un tronco a cuidar que no se

112 acercara ningún animal peligroso y, en medio de su preocupación, se puso a meditar. Miró los árboles que lo rodeaban y pensó en su padre, que le hablaba siempre de no ensuciar el agua de los ríos, de no cortar los árboles y de cuidar los bosques para que no se fueran los animales. Pero ahora prefería que no se le apareciera ninguno, ni grande ni pequeño, mientras pasaba la noche. Los ruidos de la selva se mezclaron con el miedo y comenzaron a danzar junto con las chispas en medio de la pequeña hoguera. Poco a poco sus párpados se pusieron pesados y antes de que la luz tierna y cruda del amanecer esparciera sus primeros rayos, Santiago cayó en un profundo sueño.

Mo trató de dormir, porque su cansancio era enorme, pero la imagen de Milo, la desaparición de Pedro delante de sus ojos y el sentimiento de que estaban perdidos, la mantenían despierta.

De pronto, en la madrugada, sintió que las piedras que estaban dentro de su blusa le quemaban la piel. Las tomó con una mano y de un salto se levantó sin hacer ruido. Miró a sus compañeros. Juanita, sentada, dormía apaciblemente, con la cabeza recostada en uno de los palos que sostenían la enramada. Santiago, con el arco y las flechas sobre sus rodillas, tenía la cabeza ladeada y los ojos cerrados.

Las copas de los árboles abrazaron los primeros rayos de sol y de inmediato el bosque

se cubrió con un tímido color rosado, que parecía haberse combinado con el sutil polvillo de miles de alas de mariposa.

La selva se despertó, comenzó a bostezar y de paso se tragó a los animales nocturnos, las lechuzas, los murciélagos, los mapachines, las martillas, los zorros y los tigres, que se habían protegido en la oscuridad.

Y así, teñida de amanecer, se asomó la joven indígena fuera del albergue, llevando las piedras mágicas en una mano y el bolso con el sapo muerto en la otra. Caminó de puntillas entre musgos y helechos temblorosos y para no despertar a sus amigos, se alejó un poco. Colocó el bolso en el suelo y puso la piedra roja sobre la palma de su mano; recordando cómo lo hacía su abuelo, sopló sobre ella.

- "Piedra", dijo después, "¿tengo enemigos en el camino?"

La piedra se elevó, chifló y el sonido se lo llevó en el pico un pájaro mañanero. Mo supo entonces que alguien quería hacerle daño.

De pronto tuvo que mirar hacia el suelo. ¡El bolso daba saltos y caminaba! Mo se acercó a él con cautela y cuál no sería su asombro cuando vio que el sapo había vuelto a la vida y la miraba con sus ojos saltones y brillantes.

Mo se acercó aún más al animal y le dijo sin temor:

- Ya sé que has venido a ayudarnos...

El sapo no contestó, pero sus ojos brillaron aún más.



La muchacha guardó dentro de su blusa, las piedras que ya habían perdido su calor y despertó a sus amigos.

-¡Juanita, Santiago, levántense!

-¿Qué pasa Mo?, se sobresaltó Santiago listo a disparar sus flechas.

Del fondo de la enramada salió el ovillo frotándose los ojos y dijo:

-¡Qué dicha que ya salió el sol! ¿Por qué nos llamabas, Mo?

-Estoy segura de que este sapo apareció aquí para ayudarnos. ¡Vengan a verlo!

-¡Ay, Mo!, se rió Juanita. ¡Qué imaginación la tuya!

-Estamos perdidos en esta selva y no es cuestión de risa ni de sapos, las regañó el joven. Tenemos que ver cómo salimos de aquí, dijo preocupado.

-¡Pero yo sé que este sapo nos va a ayudar! ¿Por qué no me creen?, casi lloró Mo.

-Me quedan todavía seis naranjas, dijo Santiago sin hacerle caso. Les regalo una a cada una y después trataremos de buscar la salida.

El sapo esperó pacientemente a que se hubieran terminado las naranjas y entonces comenzó a saltar alrededor de Mo.

-¿Ven lo que les dije?, les sonrió con orgullo. Van a ver que pronto encontraremos el camino hacia la Gran Laguna. ,

-Está bien, dijo el muchacho; vamos a hacer-te caso. Tal vez el sapo ciertamente nos saque de aquí.

Santiago y Mo habían acordado no hablar ni una palabra sobre Pedro para no aterrorizar a Juanita.

"Le puede venir un ataque de nervios y entonces ¿qué hacemos?", habían comentado.

De modo que antes de partir, solamente miraron con recelo el árbol donde había desaparecido y comenzaron a caminar por un estrecho sendero, llevando como guía a un sapo que daba saltos descomunales.

Ignacio se fue al monte a conversar con los espíritus. Estaba realmente intranquilo por la situación de su nieta. Caminó entre los árboles ayudado por su bastón de mando. Su paso era lento y tenía la espalda un poco encorvada como si la incertidumbre fuera un saco lleno de rocas y tuviera que cargarlo sobre los hombros.

Le pareció raro ver tantos animales rondando por el bosque. Hasta las dantas y los monos, que hacía mucho tiempo se habían alejado de la zona, pasaban furtivamente.

Ignacio llegó a la cueva donde casi siempre hablaba con los espíritus. Encendió una vela y con la luz, volaron los murciélagos. Se sentó sobre una piedra y respiró hondo. Por primera vez en su vida tenía un miedo muy grande. Era una apretazón que sentía en el medio del pecho y su boca estaba seca y pastosa.

Sacó las piedras de la chacarita y con mano temblorosa las acarició, como dudando cuál

coger. Finalmente escogió la roja con vetas negras. La puso sobre la palma de la mano y comenzó a cantar un canto sagrado cabécar, largo y monótono. Ignacio empezó a sudar, no se sentía bien. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y la vista se le tornó borrosa.

De pronto se oyó un trueno fuerte, seco y la tierra de la cueva tembló. Ignacio se apoyó en la pared de piedra y le quemó los dedos. Su corazón marcaba un compás despiadado que le martillaba en la sien.

Enseguida, la cueva se iluminó de una luz color violeta y se oyó la voz de Kús, fuerte y atronadora.

-He venido a decirte que has incumplido el trato que hiciste con mi fiel servidor Dolólo.

-Yo he mantenido mi promesa y no he puesto un pie en sus dominios.

-¡No es cierto!, tronó la voz. Has enviado a tu nieta a rescatar a Milo que está castigado en la Gran Laguna.

-Yo no sabía que Milo estaba allá y yo no envié a Mo; ella se fue sin avisarme.

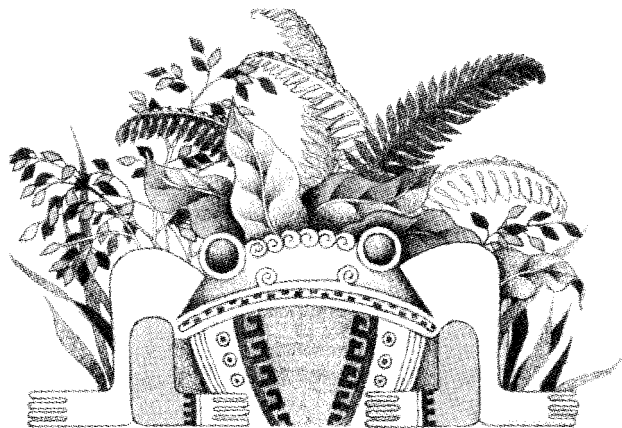
-Estuviste a tiempo de evitar que ella hiciera este viaje. Debías haberle advertido, desde hace muchos años, que no se podía arrimar a la Gran Laguna. Si Mo pone un pie allí es como si lo hubiera puesto su abuelo. Dolólo nunca se ha acercado a tu propiedad y él sí cumplió con su palabra. Esta falta la vas a pagar muy cara.

-¿Y por qué has castigado a Milo?, dijo Ignacio con voz desfalleciente.

-Porque no me pagó el tributo. Además le encargué que mientras fuera mi prisionero, hiciera varios tambores para Dolólo y se negó a hacerlo. Está en el país de los duendes y de ahí no podrá salir nunca. Tu familia será castigada por esta rebeldía.

-¡No, no, por favor!, sollozó Ignacio.

Pero sus palabras ya no fueron oídas por Kús. Por respuesta, volvió a oír un trueno y otro fuerte temblor sacudió la cueva. Ignacio tuvo la sensación de que caía en el vacío, oscuro, profundo, solitario, y se desmayó.



XIV

Lina vio que pronto iba a oscurecer y le preocupó que Ignacio no hubiera regresado todavía.

Siempre volvía temprano por temor a ser atacado por alguna serpiente venenosa, pero la tarde ya se ponía gris y ni siquiera se oían los perros ladrar, como lo hacían cuando se daban cuenta de que venía gente bajando del monte.

"Voy a ir a buscarlo", dijo con angustia y tomando un cuchillo largo se dirigió a la cueva, que era el lugar que ella conocía, donde su padre se comunicaba con los espíritus.

Al llegar, de la sombras. candela se movía, agrandando que la l espacios luz y

Mina se asomó con cautela.

Gritó cuando lo descubrió tirado en el suelo.

Los murciélagos se desprendieron de las paredes de piedra intentando huir por la única puerta.

La mujer se acercó, temiendo que su padre hubiera muerto. Pero al tocarlos se dio cuenta de que su cuerpo guardaba calor y la respiración era lenta y profunda. Estaba acostado boca abajo y cuando Mina trató de volverlo, notó que su boca estaba hinchada y que de ella salía un hilillo de sangre.

"Está herido", pensó. "Parece que se golpeó con esta piedra".

-¡Papá!, ¿cómo se siente?

Ignacio abrió los ojos y trató de incorporarse.

-¡Ay! Hija, me duele mucho la boca. No sé qué me pasó.

Y de pronto exclamó:

-¡Fue Kús! Seguro él me tiró sobre esta piedra, algo serio me sucedió... ¡Hija! ¡Mis dientes! ¡He perdido los dientes de adelante, eso es algo terrible!

-Deje ver, papá, abra la boca...

Mina se consternó.

El golpe sobre la piedra había sido tan fuerte que su padre en verdad había perdido los dos dientes de la mandíbula superior. Y ahora la boca le sangraba abundantemente.

-Vamos a casa, dijo Mina tratando de incorporarlo. Va a tener que hacer enjuagues de agua con sal. ¡Pobrecito papá!

-Eso no es nada, le dijo a Mina. Mala suerte es la que nos va a caer de ahora en adelante.

-¿Por qué, papá?

-Cuando lleguemos a la casa y después de hacer los enjuagues te cuento lo que me dijo. Ahora me duelo mucho la boca.

Padre e hija caminaron en silencio.

Más tarde Ignacio le narró a Mina la conversación con Kús.

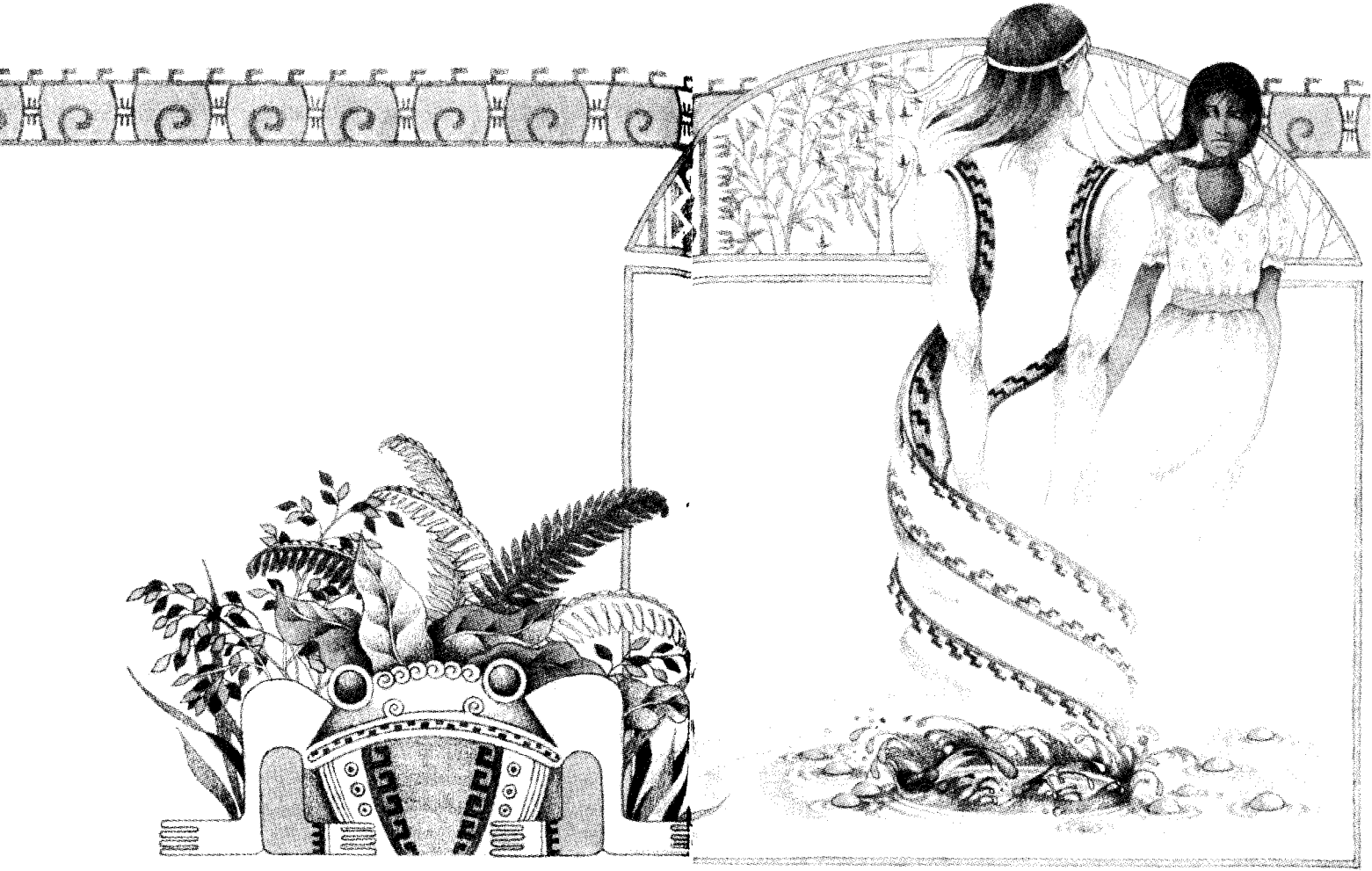
-No me importa si me matan entre Kús y Dolólo, terminó diciendo. Pero Mo necesita ayuda y vamos a dársela.

Santiago, Juanita, Mo y el sapo caminaron un buen trecho en la espesura del bosque. Después de unas cuantas horas de andar, encontraron el trillo que los conduciría a la Gran Laguna. Poco a poco se fueron acercando a ella y de pronto apareció ante sus ojos una enorme piedra, plana como una mesa.

-¡Cuidado., dijo Santiago. No podemos seguir adelante hasta que le hayamos dado un regalito a Kús. Puede ser desde un pelo hasta una vaca. Yo le voy a dejar una de mis flechas.

-Yo le voy a dejar la bolsa de papel donde traía la comida, dijo Mo. La doblé y la traje conmigo.

-Yo le tendré que dar estos hilos que saqué de mi vestido; no tengo nada más para darle.



El sapo saltó hacia delante sin importarle nada la ofrenda para Kús. Pero en el momento en que colocaron sus regalos, comenzó a soplar un viento que se hacía cada vez más fuerte.

Las ofrendas de Mo y Juanita no se podían sostener, solo la lanza de Santiago se mantenía firme.

-Así no podemos seguir adelante, dijo Santiago. Las ofrendas tienen que quedar sobre la piedra, de lo contrario no podremos avanzar.

-¡Pero no pueden sostenerse por este ventolera!, dijo Juanita.

-Preñemos los hilos y la bolsa con la flecha, propuso el muchacho.

-¡Muy buena idea!, aplaudió Mo.

Dejaron las ofrendas y siguieron el camino sin darse cuenta de que el viento se había llevado la bolsa y los hilos, que daban vueltas y más vueltas en el aire.

Apenas habían andado unos pasos, cuando empezó a tronar y a caer una fuerte llovizna.

"Qué raro esta agua a fines de febrero", comentaron las muchachas.

Apenas pronunciaron estas palabras se sintieron las dos transportadas por los aires. Tenían la sensación de ser una semilla minúscula volando entre las nubes. Los brazos y piernas eran livianos, como si los huesos se les hubieran convertido en plumas.

Un resplandor las dirigía y en el aire, Mo trataba de alcanzar a su amiga, aunque fuera con la punta de los dedos, pero era imposible; el viento que pasaba alrededor de ellas era como un gran vendaval. De un frío intenso que las envolvía al principio, pasaron a un calor sofocante y después de un rato, que ellas no supieron medir en el tiempo, cayeron en un lugar donde todo se iluminaba con un sol color violeta. Se veían montes, llanuras y un enorme lago.

Cuando tocaron tierra, Juanita comenzó a llorar y se abrazó a Mo.

-¡Quiero irme de aquí, tengo muchísimo miedo! ¡Ay, Mo, ni siquiera sabemos dónde estamos! ¿Y qué se habrá hecho Santiago?

-No lo sé Juanita... pero... tranquila, vas a ver que pronto regresaremos a casa.

De pronto apareció el sapo junto a ellas.

-¡Mo, el sapo está aquí con nosotras! A lo mejor ahorita aparece mi hermano.

-¡Claro! Vas a ver que este problema tiene arreglo. Aunque yo tampoco tengo idea de dónde estamos...

-Esto parece un lugar de muertos... y yo me voy a morir también del susto. No se ve a nadie por ninguna parte.

En eso Mo vio la laguna y recordó a su hermano.

-Tengo que llegar al agua, a ver si descubro algo... tal vez me pueda comunicar con Milo.

Se fueron acercando; sentían que alguien las miraba pero no lograron ver a nadie. Era una tierra de duendes y espíritus y éstos no se dejaban ver fácilmente.

El sapo las seguía muy de cerca. Mo se dirigió a la orilla del agua y Juanita y el animal se quedaron unos pasos atrás.

Mo siguió mirando el agua que parecía teñida con el múrice con que se tiñen los bolsos.

Comenzó a verse la cara de Milo y después todo el cuerpo. Estaba de pie, con las manos atrás, y el inconfundible cintillo sobre la frente.

La joven lo llamó mentalmente.

"hilo, Milo..."

"Estamos muy cerca, Mo", le transmitió el pensamiento a su hermana.

"¿Cómo puedo llegar donde estás?", le envió el mensaje Mo.

"La entrada a este lugar está debajo de la catarata; pero es muy angosta. Solo pueden pasar los duendes de Kús. Mucho cuidado..."

-Juanita, dijo Mo cuando hubo terminado con su hermano, tenemos que buscar una catarata.

-¡Una catarata! Si aquí ni se oye el agua correr por ninguna parte.

Pero el sapo sí sabía donde estaba y comenzó a guiarlas a través de la tierra arenosa.

-¡Ya comienzo a oír el agua!, exclamó Mo con gran excitación.

-¿Qué vas a hacer allí?, preguntó Juanita con un hilo de voz.

-Allí es donde vamos a encontrar a Milo.



XV

Mientras tanto José, que conocía muy bien el camino a la Gran Laguna de Talamanca, comenzó a andar con paso seguro y firme.

Quería a Mo desde hacía mucho tiempo y sabía que algún día la iba a tener como esposa. Le gustaba su modo de ser, su inteligencia, su vivacidad, el noble trato que les daba a los demás y tantas otras cualidades con las que vivía soñando cada noche desde su hamaca y que lo hacían a veces sentirse muy cerca de las estrellas.

Llevaba un poco de comida y una botella

de agua. Un pequeño bastón y el cuchillo eran para abrirse camino en la selva, entre tantos arbustos, árboles y lianas y también para defenderse en caso de que algún animal lo fuera a atacar.

bre que veía en dirección contraria.

- Buenos días, ¿usted es José, verdad?, le preguntó abiertamente.

Los dos hombres se detuvieron.

- Sí, yo me llamo José y cómo lo sabe?

- Soy Pedro, el hermano de Mo. Ellos están a unos cuantos kilómetros de aquí y me devolví para avisarle a mi abuelo que no se preocupe por Mo. Ella y sus amigos están bien. Van siguiendo el trillo correcto que los lleva a la Gran Laguna.

- ¿Y cómo sabe usted que yo soy amigo de Mo?

- Ella me contó que usted se está iniciando como "jawá" y que abuelo lo está enseñando. Me dio sus señas tan bien, que apenas lo vi venir pensé: "Este es José".

-- Y por qué lado están los muchachos?

- Si usted quiere lo llevo, están aquí cerca.

José desconfió de Pedro. Mucha gente le había hablado de los ayudantes que tiene Kús. Son duendes que toman aspecto de un familiar de la persona a quien quieren perder y se lo llevan por caminos y lugares tan remotos que la persona se desorienta y se pierde.

José notó la mirada vaga de Pedro y la sonrisa burlona que formaban sus labios. Esto lo hizo desconfiar aún más y contestó con firmeza.

- No, gracias. Yo conozco el trillo para llegar a la Gran Laguna y prefiero encontrarlos allá.

Pedro lo miró, soltó una gran carcajada que hizo moverse hasta las hojas de los árboles y desapareció ante los ojos asombrados de José. Este se quedó un rato en el mismo lugar, sin saber qué hacer.

"Eso de que se le desaparezca a uno, de un momento a otro, la persona con la que está conversando, es de preocuparse. Espero que no me esté volviendo loco".

Pero lo que más lo inquietó fue pensar que este bandido hubiera perdido a Mo.

"¿Dónde estarán esos muchachos en este momento? ¿Cómo hallarlos?"

Lo mejor era seguir el trillo que él conocía y esperarlos allá. Estaba seguro de que Mo encontraría la forma de llegar.

Buscó un árbol dónde reclinarse y se sentó a descansar, comió un poco del alimento que llevaba y ordenó sus pensamientos.

Confiaba en ver a Mo, pronto, en la Gran Laguna.

José sigue su ruta por un caminito polvoriento y bordeado de plantas espinosas que se inclina hacia él, como si quisieran impedirle el paso.

A veces oye voces y risas pero cuando mira a su alrededor, no ve a ninguna persona cerca.

"Seguro es un pájaro que hace esos ruidos", piensa para darse ánimo. Pero la realidad es otra: Kús revolotea sobre él con espíritu inquieto; sabe que el muchacho fue advertido por Sulá del peligro que puede correr Mo.

"¡Ja, ja, ja!", se vuelven a oír las carcajadas. Y es que Kús sabe que si Mo abraza a su hermano Milo o le da la mano, se convertirá en cenizas inmediatamente.

«¡ja, ja, ja!", se oyen más fuertes las carcajadas. Y esta vez José siente que las garras del miedo se le meten en la carne, frías y despiadadas.

Poco a poco el camino lo lleva directamente hacia la piedra en forma de mesa. Sentado sobre ella, encuentra a Santiago con cara de gran preocupación. Los dos son vecinos y se conocen bien a través de Mo.

-Aquí estoy esperando a mi hermana Juanita y a Mo que desaparecieron misteriosamente. No se en qué momento se me perdieron de vista.

-Aquí la gente se pierde y no vuelve a aparecer más, explica José con voz trágica.

-Les dije que había que dejar una ofrenda para Kús, porque se sabe que hay que regalarle algo si uno pasa por aquí y quiere seguir adelante. Y así lo hicieron ellas, Mo dejó una bolsa de papel vacía y Juanita unos hilos que sacó

de su vestido. Seguro esas ofrendas no fueron de su gusto y por eso se llevó a las muchachas y también al sapo...

-¿Cuál sapo?

-Pues uno que apareció en la selva y nos ha seguido todo el camino.

-Eso está bien raro. Tengo el presentimiento de que si yo sigo caminando y no dejo ningún regalo, muy pronto voy a encontrarme con ellos, comenta José. ¿Me acompañas?

-No, le dice Santiago temeroso. Mejor espero a que vuelvan. Me voy a quedar sentado en esta piedra, mientras tanto. Yo sé que si regresan tienen que pasar por aquí.

José se despide y sigue su camino, mira la piedra desnuda y sonrío con malicia.

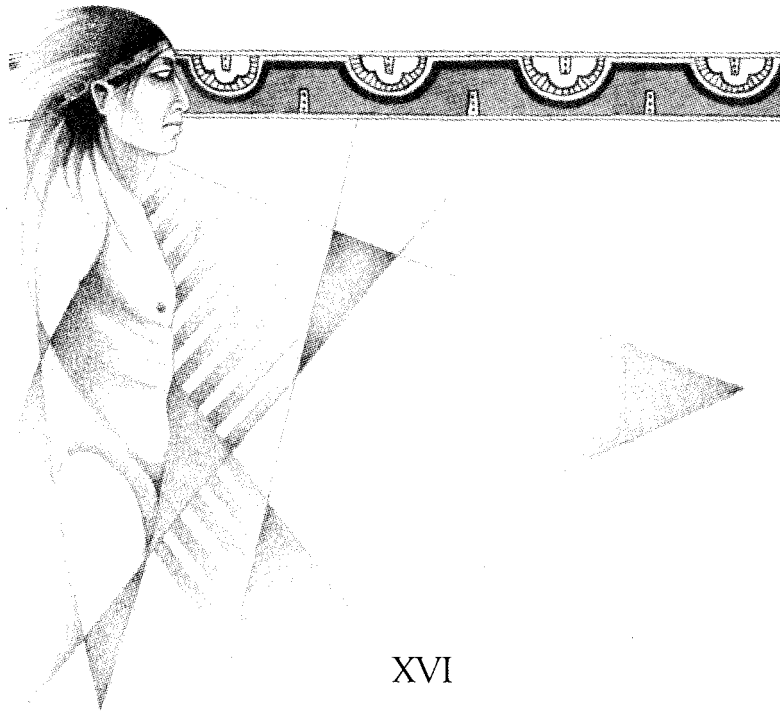
"Ya se que Kús se va a enojar, pero no importa, tengo que encontrar a Mo".

De pronto se siente elevado por los aires y su cuerpo frío y después caliente, es depositado sobre las arenas color violeta del país de los duendes. José se sorprende ante aquel panorama extraño y sombrío. Comienza a mirar a un lado y al otro, ve algunos montes y la llanura que se extiende como una mancha de óxido con tonos de color lila. Los árboles tienen unos troncos lisos, como si estuvieran forrados en cuero. Las hojas son cordeles largos y azulados y las ramas se doblan hasta tocar el suelo. Da la impresión de que el lugar está sembrado de brujas con largas cabelleras.

"Este lugar no me gusta nada", piensa.

De pronto divisa a lo lejos la Gran Laguna y siente un impulso extraño de ir hacia ella. Comienza a caminar y con sorpresa nota en la arena, las huellas de un sapo y las de dos personas que lo acompañan.

¡Son ellos!, dice radiante de la felicidad. Y apura el paso con la certeza de encontrarlos pronto.



XVI

Por fin las jóvenes llegaron a la catarata. Caía despacio, casi sin ruido, como una gelatina. La catarata formaba un río de aguas perezosas que se deslizaba entre las piedras y, sentado sobre una de ellas, vieron a un hombre.

-¡Hola!, saludó. ¿Qué hacen por aquí dos muchachas bonitas y un sapo entrometido?

-El sapo es nuestro amigo, dijo Juanita valientemente.

Mo se sorprendió de la contestación de su amiga, siempre tan tímida, y luego le dijo al hombre:

-¿Quién es usted? ¿Y qué hace sentado en este sitio?

-Yo me llamo Teófilo, pero me dicen Dolólo. Tengo mi casa por estos lados y vine a pescar en el río. Si necesitan algo, las puedo ayudar, con mucho gusto.

La voz de Dolólo sonaba amigable y Mo, al verse tan sola y desprotegida, no dudó un momento en contarle su preocupación.

-Andamos en busca de mi hermano Milo. Creo que está por aquí cerca.

-¿Es posible que tu hermano esté aquí metido? Si en esta región solo habitan los duendes de Kús, por eso yo vivo bastante lejos, y vengo a pescar al río de vez en cuando, terminé diciendo con una sonrisa maliciosa, que no pasó inadvertida para Mo.

-¿Y ustedes cómo se llaman?

-Ella es Mo y yo soy Juanita.

-Tal vez podría ayudarles, ofreció Dolólo. Pero, eso sí, me tendrían que dar algo a cambio. ¿Qué les parece el sapo?

El animal dejó de saltar y se paró en seco, mirando a Mo.

-No puedo; pero le daré algo muy valioso que le va a gustar. Antes dígame cómo nos ayudará.

-La verdad es que sí conozco a Milo y puedo hacer que venga aquí. Estaré muy contento cuando los vea abrazarse como hermanos. Ningún ser humano llega a la cueva donde él se encuentra, pero yo puedo traerlo ante ustedes.

-Señor Dolólo, si es posible hacer eso, por favor hágalo. ¡Necesito encontrar a mi hermano!

-Así nos iremos pronto a casa, dijo impaciente Juanita.

Dolólo se frotó las manos en un signo de alegría que no pudo evitar y comenzó a golpear una mano contra la otra, como si estuviera aplaudiendo despacio.

Entonces apareció Milo.

-Ahora me darás lo que me ofreciste, muchachita.

Mo sacó la piedra roja de su blusa y se la entregó al hombre. Miró a su hermano, que no hablaba ni se movía; pero ella en su máxima felicidad corrió para saludarlo.

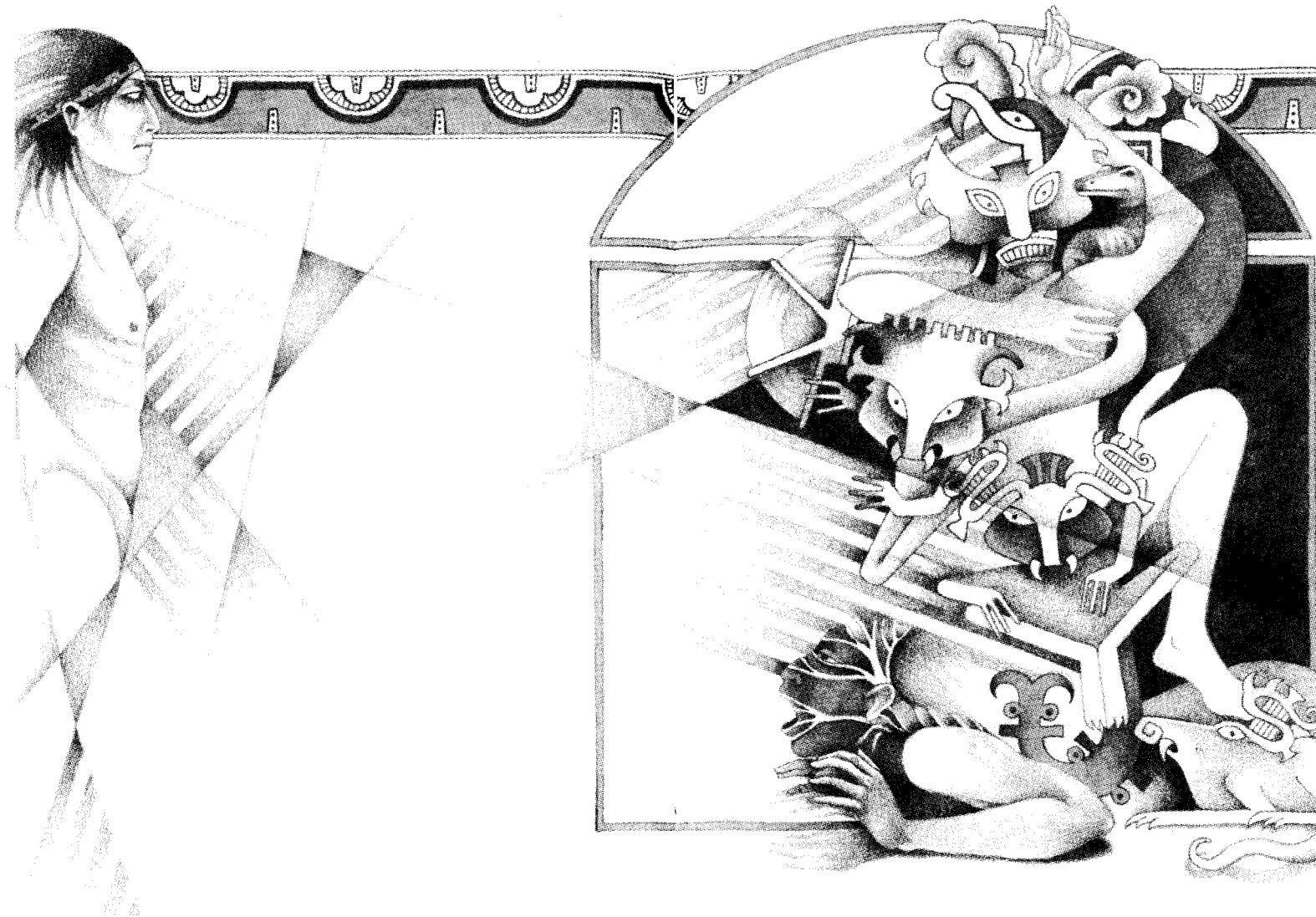
En eso oyó una voz que rasgó el aire como un cuchillo filoso.

-¡Cuidado, Mo! ¡No se puede tocar a Milo!, gritó José, quien aparecía en ese momento, ante los ojos asombrados de las dos muchachas y de Dolólo.

¿Cómo había llegado hasta ellas? No se lo podían explicar.

-¡José!, ¡José!, ¡has venido!... ¡Qué dicha!, dijo Mo sin saber qué hacer. Deseaba saludar a Milo y también correr a los brazos de su amigo.

De pronto Milo comenzó a desvanecerse como si fuera de humo, hasta desaparecer por completo.



-¿Qué es esto?, se angustió Mo.

-Tu hermano está hechizado y tenemos que ayudarlo. ¿Y quién es ese hombre?, preguntó el joven señalando a Dolólo.

-Todavía no sé quién es, ni qué hace aquí, le respondió Mo.

-José, has visto a Santiago? Lo perdimos al llegar a la piedra, dijo Juanita.

-Tranquila; él está esperándonos aquí cerca.

Entonces se oyó un grito terrible:

-¡Me quemo! Esta piedra roja tiene fuego por dentro y lo peor es que no la pueda despegar. ¡Maldita muchacha!, me has engañado.

-Quise darle un regalo; no esperé que se quemara.

-Traicionera y mentirosa como tu abuelo; de tal palo tal astilla.

Mo se sorprendió al oír mencionar a Ignacio, pero tuvo el coraje de contestarle:

-Mi abuelo no es traicionero ni mentiroso, ni yo tampoco. Pero aquí hay alguien que está jugando sucio y ese es usted. Prometió entregarme a Milo y él desapareció.

Dolólo no contestó; el calor sobre su piel se le hacía insoportable. De un salto se colocó frente a la catarata y metió la mano en el agua para refrescarla. De inmediato el agua cesó de caer y se convirtió en una puerta transparente de color verde. Detrás de ella, con cara triste, estaba Milo, de pie, como esperando que, por arte de magia, esa puerta se abriera.

-¡Milo!, le gritó Mo. ¿Qué debemos hacer para sacarte de ahí?

-¡Ja, ja!, se ríe con estrépito Dolólo quien había logrado enfriar la piedra candente. ¡De aquí no podrá salir nunca!

Los tres muchachos se llenaron de angustia. El espíritu de Kús comenzó a revolotear sobre ellos y su presencia oscureció el ambiente.

-¡Sibö y todos los sukias de mi clan, necesito ayuda!, rogó Mo. ¿Qué debo hacer para traer a Milo a nuestro lado? ¡Por favor, Sibö! Vos que me creaste como semilla del maíz, fruto del cacao y amiga del viento... por algo me pusiste sobre la tierra... si es para ayudar a Milo ¿qué debo hacer?

Mo imploraba desde lo más profundo de su ser. Se sentía impotente y sufría al ver a su hermano cautivo. El agua del río se había endurecido como si fuera una sola pieza de jade que remataba en la puerta por donde se veía la figura de Milo. Mo se acercó a ella y comenzó a tocar sus bordes y la superficie, buscando algún agujero en esa puerta que se veía infranqueable. Al ver que su intento era vano, perdió por un momento el control y comenzó a golpearla con los puños, sollozando en su impotencia. Sus amigos dieron un paso hacia delante, tratando de acercarse para ayudarla a que se calmara, pero Dolólo les hizo una seña para que se detuvieran, mientras sus ojos se ponían rojos como fuego. José

y Juanita quedaron petrificados y lanzaron un grito. Entonces Mo, se volvió a mirar a Dolólo, quien ahora tenía los ojos llenos de tinieblas; sus labios sonreían mostrando unos dientes desiguales. Mo pudo distinguir también a centenares de duendes con los ojos rojos y vestidos oscuros, que se habían hecho visibles y la miraban con arrogancia.

-¡Ja!, ¡Ja! ¡De ahí no podrá salir jamás!, repitió Dolólo.

El sapo se adelantó y con voz ronca dijo:

-La única que puede romper el hechizo es Mo.

Todos quedaron perplejos al oír la voz del sapo y la joven volvió a suplicar:

-¿Pero cómo? ¿Qué tengo que hacer para ayudarlo?

-Mo tiene el poder para hacerlo, volvió a hablar el sapo. Se hizo un profundo silencio.

La muchacha cerró los ojos y juntando las dos manos se las llevó a la barbilla.

-¡Lo voy a sacar de ahí! ¡Yo sé que puedo hacerlo!, dijo resueltamente, mientras sentía que una luz azul invadía su cuerpo. Trató de comunicarse con Milo a través del pensamiento, pero solo percibía la voz pidiendo auxilio:

"Necesito ayuda, Mo; ¡por favor!"

José, Juanita, Dolólo, el sapo y los duendes, contenían la respiración. Nadie hablaba. Algo iba a suceder...

Entonces Mo se acordó de lo que Milo le había comunicado cierta vez: "detrás de la catarata había una abertura tan estrecha, que solo los duendes de Kús podían pasar". La muchacha miró detenidamente la puerta de jade y con nerviosismo, palpó la parte inferior.

"Aquí hay una abertura. Es muy angosta, pero tal vez pueda pasar", pensó.

Las carcajadas de Dolólo estremecieron el alma de los jóvenes y la luz violeta del mundo de los duendes se volvió más intensa y lúgubre. La tensión creció y los duendecillos con los ojos rojos comenzaron a bailar en un loco frenesí.

Mo miró a José. Él le sostuvo la mirada, transmitiéndole su amor y las fuerzas que necesitaba en ese momento. Entonces la muchacha se inclinó con valentía y, haciendo caso omiso de los gritos estridentes, metió la cabeza y los hombros por la abertura. Era muy difícil pasar al otro lado. Comenzó a forcejear con el resto de su cuerpo y de pronto sintió que estaba atorada y que no podía ni entrar ni salir. José quiso ir en su ayuda, pero el sapo con voz ronca lo detuvo:

-Ella tiene que decidir lo que debe hacer. Déjenla sola.

-Pero si entra allí, también quedará hechizada, lloró Juanita.

-¡Ahí va a morir atrapada como una cucaracha!, gritó Dolólo.

-Mo tiene que correr este riesgo... es su voluntad y nadie debe intervenir, terminó diciendo el sapo.

Mo seguía forcejeando. Un frío intenso le cubría la cara, el cuello y uno de los hombros, que con gran esfuerzo había logrado pasar. Los ojos le lagrimeaban y tenía la nariz húmeda. Por fin pudo mover el otro hombro, el pecho... pero le faltaba el aire al sentir su estómago prensado. ¡Era como si la abertura se estuviera cerrando!

"Tengo que pasar, ¡yo sé que puedo hacerlo! Milo me necesita". Y poco a poco, desfalleciendo, Mo estrujó su cuerpo por aquella estrecha hendidura mientras sentía opresión dolor. Por fin, en un esfuerzo supremo, jadeante y entumecida, logró llegar al otro lado: se quedó unos minutos reponiendo fuerzas y luego se acercó a Milo. Entonces vio que tenía la mirada ausente. Había tal silencio, que ni siquiera se oían las vibraciones. Solo se percibía el frío que le hacía castañear los dientes.

"Debo controlarme y pensar en otra cosa".

Respiró hondo a la vez que su pensamiento viajaba hacia el rancho. Pensó en Mina, en Ignacio, en las tardes tibias llenas de brisa perfumada por el dwás kló y cuando comía naranjas con sus amigos. Pensó también en José, en su mirada llena de amor y poco a poco el calor volvió a su cuerpo.

"Puedo dominar el frío y nadie me va a hechizar en este país de los duendes de Kús" dijo con firmeza.

Milo dio un paso adelante.

Mo trató de comunicarse mentalmente con él, pero apenas consiguió percibir la llamada de auxilio.

Entonces comprendió que solo Sibö la podía ayudar y cerrando los ojos se dirigió a él implorando la fuerza y la sabiduría que necesitaba. Luego habló a su hermano:

"Tu mente está helada por el hechizo, Milo, pero ahora vas a pensar en el sol brillante que te han negado por tantos años y que nos da el calor y la energía, la luz y la vida..."

Milo dio otro paso.

"Somos semillas y tenemos que germinar con ese calor. Te queremos Milo, y te necesitamos.

Los ojos de Mo se llenaron de agua y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

"Milo, tu corazón debe calentarse con amor"³¹ sollozó. "Debemos perdonar a quien nos ha hecho daño".

La puerta de jade comenzó a resquebrajarse y cayó finalmente hecha mil pedazos. Se había roto el hechizo.

-¡Milo!, gritó Mo, feliz.

-¡Hermanita!, sabía que me salvarías.

Se trataron con ternura, del mismo modo que cuando Mo era muy niña y Milo la cuidaba.

Dolólo estaba lívido de la cólera y se retorció las manos morenas nerviosamente. Milo lo señaló y dijo:

-Él y Kús me hechizaron porque no dejé mi ofrenda.

Después me pidió que le hiciera tambores para llamar a las fuerzas de mal y me negué.

-Olvidemos lo pasado, dijo Mo. Aquí vienen mis amigos que me han ayudado a encontrarte.

-Y todavía falta Santiago, que está por aquí cerca, dijo José, acercándose sonriente.

No fue sino hasta ese momento, que se dieron cuenta de que Dolólo y los duendes habían desaparecido.

José y Juanita le estrecharon la mano a Milo en señal de amistad.

-¡Qué mano más fría la tuya, Juanita!, dijo Milo riendo.

-Todavía estoy temblando del susto, con todo lo que ha pasado.

-Es hora de regresar, indicó José.

-Vámonos de aquí lo antes posible; este lugar me da escalofríos, le contestó Juanita.

El sapo, dando un gran salto, se colocó al lado de Mo y dijo:

-Los voy a ayudar a salir de aquí.

Y con paso firme, comenzaron a seguir el camino que les indicaba mientras daba grandes saltos.

Cuando llegaron a la frontera del mundo de los duendes, el sapo volvió a hablar:

-Puedo acompañarlos hasta este lugar; he cumplido lo que me encomendó el papá de Mo; mi trabajo ha terminado.

El sapo se fue deshaciendo en una nubecilla, hasta que desapareció.

Mo se despidió con los ojos llenos de lágrimas de gratitud.

-Gracias papá... gracias Sibö.



XVII

Ignacio y Mina se encaminaron hacia la Gran Laguna. Negros pensamientos anidaban en el alma de la mujer y el corazón de Ignacio se desbordaba de pena y de angustia.

El "jawá" caminaba con su bastón de mando y la chacarita con las piedras que colgaban sobre su pecho. Le preocupaban las tácticas que podría usar Dolólo para que Mo fuera su víctima.

Deseaba enfrentarse con su enemigo, cara a cara, para cobrarle que por él, Kús lo hubiere golpeado quebrándole los dientes. Ya no podría volver a comer los ricos elotes, ni la

caña de azúcar, ni morder la jugosa carne de los animales del monte, ni las naranjas, ni los mangos.

El sukia se entristeció aún más cuando pensó en todo eso.

No se les apareció ningún falso Pedro, ni tampoco los duendes que pierden gente en el camino.

Solo veían las serpientes que se les atravesaban por el trillo, arrastrando sus colores vivos y brillantes, haciendo ruido desde sus gargantas o golpeando nerviosamente con las colas sobre las hojas.

-¡Qué culebrero hay por estos lados!, le comentó Ignacio a Mina.

-Pareciera que las hubieran soltado a propósito, contestó la mujer con preocupación.

Habían dormido mal, bajo una enramada, y habían seguido el camino apenas amaneció. A medio día, cansados y sudorosos, llegaron a la piedra y se encontraron con Santiago.

-¡Muchacho, qué gusto me da verte!, dijo el sukia. ¿Dónde está el resto de la gente?

-Juanita y Mo se me perdieron hace rato. Vine con ellas hasta aquí, pero de pronto desaparecieron ante mis ojos. No tengo idea dónde se metieron. Después vino José y también se lo llevó el viento, porque no lo volví a ver. No he querido moverme; creo que Mo y Juanita van a regresar por este mismo camino.

El cielo estaba espumoso de nubes blancas que se deslizaban velozmente y pronto se tiñeron del alegre anaranjado que les regalaba el sol de la tarde. Todas tomaban el mismo rumbo, hacia el poniente, donde iban a despedir el día que terminaba ya.

De pronto Ignacio divisó a lo lejos un grupo de personas que se acercaban.

-¡Son ellos!, gritó.

-¡Y vienen con Milol!, dijo eufórica Mina.

-¡Gracias a Sibö! Y parece que vienen completos; siempre creí que regresarían sin un brazo o con una pierna menos, dijo el sukia con su seriedad habitual.

-¡Dónde habrán estado?, preguntó Santiago.

-Ya habrá tiempo para que nos cuenten... y puede que sea una larga historia.

Se saludaron llenos de alegría; brotaban las preguntas, una detrás de la otra, y la emoción de los relatos les cortaba la respiración. Cada uno quería hablar y contar lo sucedido, pero tuvo prioridad Milo.

-He sufrido muchísimo estos años interminables. El país de los duendes es el peor castigo que nos pueden dar. Ahí no se come, no se duerme y no se habla. Solo se piensa. Está uno congelado, no puede casi moverse. Durante muchos años he tratado de comunicarme con alguien, pero no he podido. Gracias a Mo, estoy aquí.



-Tengo que contarles, dijo el abuelo, que Mo quiere ser sukia dentro de unos años. Yo la voy a ayudar porque Sibö le ha dado ciertos poderes y será la primera mujer sukia entre nosotros, los cabécares.

-¿Qué Mo va a ser sukia?, se asombró Juanita. Me vas a perdonar las veces que dudé de tus poderes y creí que estabas medio chiflada.

-Me alegro muchísimo, Mo, dijo sinceramente José. Podremos trabajar juntos.

Los demás la felicitaron y Mina dijo que se alegraba de tener otra persona que la curara gratis.

-¡Abuelo!, dijo de pronto Mo. ¿Qué le pasó en la boca? ¿Dónde están sus dientes?

-Ahora, durante el camino de regreso, les cuento lo que sucedió. Apuremos el paso, antes de que caiga la noche; más adelante haremos una enramada donde podamos dormir. Mina trae comida para todos.

Mientras conversaban, el viento se iba llevando las palabras. Más tarde, bajo las estrellas, se narraron historias que se quedaron guardadas en el corazón de las piedras.

La llegada de Milo fue motivo de fiesta. Hicieron chicha* y llegaron los vecinos y el último día de celebración, apareció alguien a quien esperaban hacía mucho tiempo.

* Chicha: bebida de maíz fermentado.

-¿Me invitan a la fiesta?, preguntó el verdadero Pedro, asomándose a la puerta.

-¡Pedro!, gritaron con alegría muchas voces dentro del rancho.

-¡Has vuelto! ¡Qué dicha!

-¿Ves, Mo?, dijo el abuelo, cerrándole un ojo a su nieta, las piedritas nunca mienten...

Pedro le dio el dinero a Mo para que entrara al colegio donde se graduó, con muy buenas notas.

Luego fue a la universidad a estudiar odontología; y así se convirtió en la primera mujer sukia-dentista.

-"Quiero que abuelo vuelva a comer elotes", dijo Mo cuando le puso los dientes postizos que le faltaban a Ignacio. Y este, mostrando su nueva y reluciente sonrisa dijo:

-"Esta muchacha se salió con la suya, ahora voy a ver cómo salgo yo de este enredo para poder domar los dientes nuevos. Lo que sí se es que de ahora en adelante voy a dar buenos mordiscos", dijo riéndose con ganas.

José estudió medicina y también llegó a ser `jawá". Se casó con Mo y ahora trabajan en una clínica, en el pueblo ayudando a su gente.

Y en la casa, hay un lugar especial que contemplan siempre con cariño. Allí guardan celosamente su secreto: las piedritas de colores que les regaló Sibö...

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de junio del 2005
en los talleres gráficos de
EDITORAMA S.A.
Tel.: (506) 255-0202
San José, Costa Rica

Torre de Papel
GRUPO
EDITORIAL
norma

Mo

Esta es una historia sencilla: la de Mo, una joven indígena, que teje con hilos de magia la historia escondida y viejísima de su pueblo cabécar.



Lara Ríos

Nació en Costa Rica. Ha publicado los siguientes títulos: *Algodón de azúcar* (Premio Carmen Lyra, 1976), *Pantalones cortos*, *Verano de colores*, *Pantalones largos*, *El círculo de fuego blanco*, *Aventuras de Dora la lora y Chico Périco*. Es una de las autoras más reconocidas y leídas en América Latina. Con *La música de Paul* obtuvo el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 2002.



Vicky Ramos

Nació en Costa Rica y ha ilustrado libros de muchos autores de diferentes países.

Ambas lograron con su arte que *Mo* fuera incluido en la lista de Honor del Ibby en 1991.

CC 12055

ISBN 9968-15-324-9

